LLEVAME EN POS DE TI

PARA ORAR ANTE EL SAGRARIO Y LA PALABRA DE DIOS

PBRO. FELIPE SANTOS

INDICE

2. Ante tu presencia
3. Soy morada de Dios
4. ¿Qué clase de creyente soy?
5. Belleza física
6. Esposo de mi alma
7. Soy un lirio
8. Juventud
9. Enfermo de amor
10. Cuenta con mi vida sencilla
11. Cercanía de Dios
12. Estoy abatido
13. Canciones
14. Mi voz
15. Amanecer
16. Sentido de mi vida
17. Consagrados a Dios
18. Dios está muerto
19. Borracho de Dios
20. Estreno de cada día
21. Vírgenes por tu amor
22. Desgarros afectivos
23. Mis manos
24. Mis piernas
25. Optica de Dios
26. Sana diversión
27. Unido a Dios
28. Grandeza de mi vida
29. Vanagloria
30. Fragancia
31. Compromiso de mi fe
32. Inteligente y sabio de Dios
33. Naturaleza
34. Murmuraciones
35. Fugacidad del tiempo
36. Ancianos
37. Muerte
38. Confianza
39. Consumo
40. Alabanza
41. Dios “aparcado”
42. Orgullo
43. Poder

44. Paz
45. Mandamientos
46. Exigencia del Evangelio
47. Humildad
48. Padres e hijos
49. La dulzura
50. Vive el momento presente
51. La verdadera libertad
52. El fingimiento
53. La amistad
54. La burla del indefenso
55. La mujer objeto
56. Desear la muerte a alguien
57. Hablar de Dios
58. El dinero
59. Moderación
60. Famoso
61. Hipocresía
62. Los ojos
63. Oración
64. Cualidades de la mujer
65. Placer de Dios
66. Acogida
67. Educación
68. Afanes
69. Los alcohólicos
70. Malas compañías
71. Sueño
72. Sin rumbo
73. Debilidad o pecado
74. Mis labios
75. Aflicción
76. Santidad
77. Dioses falsos o divos
78. Mis enemigos
79. Tinieblas
80. Mis palabras
81. Armas
82. Evangelizar
83. Prados de belleza
84. Corazón puro
85. Madurez del creyente
86. Sacramentos
87. Luz y salvación
88. Desgana
89. Eucaristía
90. Desconfianza
91. ¡No existe Dios!
92. La prueba
93. Me amas

94. Ser perfume
95. Búsqueda de Dios
96. Me has elegido
97. La gratitud
98. Mojarse por el Evangelio
99. Cristianos con salero
100. Silencio ante el sagrario
101. Resurrección

PRESENTACIÓN

Estas páginas han nacido al ver a gente ante el sagrario cada día durante unos minutos a lo largo de varias horas diarias en las que la iglesia de san Antonio de la Playa estaba abierta y diez horas el domingo.
Pensé entonces en escribir lo que yo mismo sentía y experimentaba cuando leía un versículo de la Sagrada Escritura y su incidencia en estado anímico.
He sacado la alegre convicción de que la Palabra de Dios, cuando se tiene el corazón y la mente abierta, constituye siempre una fuente inagotable de contemplación, meditación y reflexión.
Cuando la persona, ajetreada y estresada al inicio del siglo XXI, se deja penetrar por la Sabiduría de Dios, le saca placer a la vida. Sí, porque, en el fondo, la ***"oración es una fuerza serena que nos transforma desde dentro".***
En la medida en la que un creyente hace oración diaria ante el Sagrario o en casa, percibe en su existencia una óptica distinta de ver los acontecimientos del día con mucha calma.
No se hace montañas de cualquier cosa. Todo lo pone en relación con los sentimientos y visiones de Dios acerca del mundo y de las personas. Y, al hacer de todo cuanto ve, escucha o presiente una referencia a Dios, todo lo contempla de una forma nueva.
Paulatinamente- como un susurro o brisa suave - va entrando el Señor en la vida de quienes se confían a él. Se da cuenta, al cabo de un tiempo, de que su vida ha cambiado: ya no se altera, vive relajado y sumido en la atmósfera de Dios. Y desde ella, busca y anhela **ser** más persona con todas sus cualidades explotadas al máximo por el bien del Evangelio, y deja de **tener** muchas cosas vanas, superficiales y vacías que, a la postre, no le dan la categoría de sentirse alguien equilibrado en el trato con los otros.
Sin la oración, difícilmente se logra la perfección de nuestro ser.
¿Por qué hay tanta gente que anda a trancas y a barrancas? Porque no se detienen a **pensar en Dios amándolo.**
Quisiera que estas páginas, escritas con el corazón ante el sagrario, te ayudaran a vivir unos instantes felices, a solas, ante la presencia del Señor.
NB: He seguido la Biblia de Jerusalén. Bilbao 1997.

Con todo el afecto, purificado ante el Sagrario,
FELIPE SANTOS, SALESIANO
PALMA DE MALLORCA- AGOSTO 2001

"*Llévame en pos de ti. ¡Corramos! (Cantar de los Cantares 1.4)*

Señor,
estoy sentado tranquilo
ante tu sagrario.

Fuera en la plaza,
el ruido de la gente
hace que me sienta
plenamente a gusto contigo.

Me siento llevado
por tu divina presencia
a las cumbres de mi alma,
a la esencia de mi persona
por ti siempre amada.

Quiero,
en estos minutos de paz y de silencio,
que me lleves a este mundo
para transformarlo por dentro.

Cuando voy en pos de ti,
soy como el águila que vuela
por tu bello universo.

Ni siquiera los aviones,
que van cruzando los cielos,
me apartan de tu sagrario,
morada en la que estás vivo
y en silencio.

Gracias, Señor,
por estos deliciosos momentos.

Haz que corra por la senda
que a ti me acerca;
haz que corra por lo esencial
y poco a poco de mí desaparezca
todo aquello que es superficial.
Ante tu sagrario santo, Señor,
he renovado mis anhelos
de ser cada día más cristiano.

"*Indícame, amor de mi alma,*
para que no ande errante" (Cantar de los Cantares 1.7).

Señor,
veo por toda la ciudad
e incluso en la playa,
señales luminosas
para que la gente no se pierda.

Aquí, en pleno centro de tu barrio,
está tu signo convertido en templo,
como un símbolo sagrado
de tu presencia entre nosotros.

Hay buena gente
que, dejando su bar y su compañía,
viene a verte para saborear
las indicaciones de tu vida
al alma, que por ti suspira.

Ella es la morada santa, Señor,
en la que tú habitas.
¿Cuándo me daré cuenta
de esta realidad infinita?

Soy tu morada.
Cuando pienso en esta dicha,
me estremezco de gozo alegre
en todas las fibras de mi vida.

Señor,
me da pena de la gente
que va cerca de mí a la deriva:
sin sentido, sin moral, sin norte
estando tú tan a la orilla.

No quiero ser errante
por esta preciosa existencia.
Tú eres la luz refulgente
que me indica todas las maravillas.

"Mi nardo exhala su fragancia (Cantar de los Cantares 1.12)

Buenas tardes, Señor.
Con el nardo de mi corazón
que hoy respira fragancia,
vengo a estar contigo un rato
en esta bella tarde o mañana.

Y ante tu presencia sagrada,
te dejo que me hables tranquilo
- como siempre-
sin zozobra alguna en mi alma.

¿Qué tal creyente soy, Señor?

Unos minutos de silencio.

Tras ellos, escuchas una voz íntima.
...Eres un creyente a medias.
No te riño. Siempre amo.
Pero los talentos que te he dado
para enriquecer a los otros,
los tienes minusvalorados.

¡Anda! ¡Vamos! ¡Anímate!
Eres un nardo lindo
que expande su fragancia
pero, por favor, creyente amigo,
lánzala a más distancia
contando conmigo.

Has venido a verme.
No soy una adormidera
o una droga de éxtasis.
Mis seguidores son guerreros
que lanzan bombas infinitas
de amor y de esperanza.

¡Ah, Señor!
¡Cuánto me hacen falta!

¡Qué bella eres, amada mía,
qué bella eres!
¡Palomas son tus ojos! (Cantar de los Cantares 1.16)

Señor,
estoy meditando tu libro santo.
Y, en esta relación contigo
y con toda la humanidad,
siento impulsos de gloria,
de fama auténtica, piropos
que en tu boca limpia,
me alientan a proseguir
tu tarea evangélica,
sin tener en cuenta lo demás.

En la sociedad en la que vivo,
sólo se aprecia la belleza física.
Y está bien, Señor,
porque es tu criatura divina.

Pero ahora que estoy a solas contigo,
experimento un placer tan grande
que supera a todas "misses"
de tu precioso universo.

Nadie me ha dicho palabras
tan sinceras y cercanas
a mi propia interioridad,
a lo fundamental de mi vida.

Quiero ser paloma de tu Evangelio,
pájaro que vuela por el firmamento
en busca de la perfección
que tanto anhelo.

Gracias, Señor,
porque aquí, a solas contigo,
he gozado de unos instantes
que no tienen medida ni precio.

-¡Qué hermoso eres, amado mío,
qué delicioso!
Puro verdor es nuestro lecho. (Cantar de los cantares 1.16)

Señor,
mi saludo es la sinfonía
de un corazón enamorado
de tu vida y de tus misterios.

Eres el esposo celeste de mi alma,
la pura esencia de mi persona
que te siente y te alaba.

¿Quién puede dar tanto consuelo?
¿Quién – como tú – ahí presente
alientas al que te aclama?

Vengo de la vera de la mar
y he visto sus blancas olas,
las chicas bonitas,
los abuelos que se quieren,
los jóvenes apolíneos
y los matrimonios maduros
con sus hijas e hijos.

¿Qué son, Señor,
en comparación con el verdor
de nuestro lecho puro
en el que sólo hay relación de amor sin sexo?

Tú, amigo, todo lo has creado
inmensamente bello y bueno.

Pero para mí, valen mucho, hoy,
estos minutos de paz y de silencio.

"Yo soy el narciso de Sarón,
el lirio de los valles.
- Como el lirio entre los cardos,
así mi amada entre las mozas. (Cantar de los Cantares 2.1-2)

Señor,
me encanta ser lirio
entre los valles,
por su belleza externa
que supera toda obra humana.

Soy consciente de que soy
un hermoso lirio creado por tus manos,
para que dé esplendor a la creación
y a todos mis hermanos.

Soy amado por ti tiernamente,
como ama el mozo a la moza
en la prosecución de tu sabiduría eterna.

¡Qué torpe soy muchas veces
cuando, en lugar de mirarte con ojos
de suprema refulgencia,
detengo mi mirada en cosas vanas,
que no merecen la pena!

Los ratos de cada día,
ante su sagrario divino,
me llevan hacia ti, seguro,
por el recto y lindo camino.

Quiero ser lirio natural,
del que crece en los valles
entre aguas pulcras y nítidas
como tus amores celestiales.

"A su sombra apetecida estoy sentada
y su fruto me es dulce al paladar"(Cantar de los Cantares 2. 5b)

Señor,

con todo el gozo de mi juventud

vengo a estar contigo.

Me piropean por la calle

por mi belleza, a ti debida,

aunque, a veces, sufro lo infinito.

Hay gente que no sabe ver

en mi persona, nada más que un cuerpo.

Y no mi persona entera

con mi espíritu y mi alma,

floridos como la primavera por completo.

Sé que a muchos de mi generación,

esta charla contigo les sabe a "rollo"

porque buscan sólo la diversión.

¿Hay mayor divertimento

que depositar en ti las ilusiones

de mi juventud que arde en amor?

"Enferma estoy de amor" (Cantar de los Cantares 2.5)

Señor,

te doy las gracias

porque tengo una enfermedad santa,

una enfermedad que todos debían padecer

porque no se sufre cuando se alcanza.

Cuando me siento enferma de amor,

noto que mi vida entera

proviene de la fuente de tu corazón.

Cuando me siento enferma

por amor a los demás,

la vida de tu Evangelio en mí penetra

con toda su intensidad.

Estoy enferma de amor,

cuando a la parroquia y a los vecinos

los riego e inundo con el agua purificadora

que nace de tu Amor en mi amor.

Gracias.

"Su izquierda está bajo mi cabeza,
y su diestra me abraza" (Cantar de los Cantares 2.6)

Cuando me dejo invadir
por tu presencia,
noto que por mi mente pasan
un sin fin de bellezas.

Sé que iluminas mis pensamientos
para que tomen fuerza y calor
en el hogar de mis sentimientos.

Señor,
aquí, solo/a ante tu sagrario,
percibo que tu corazón me abraza
con toda la intensidad
del que gratuitamente ama.

Hay personas que consideran
una pérdida de tiempo estar contigo.
No les presto atención
y rechazo la tentación.

Si cada día hago oración,
no ando despistado en la oficina o trabajo,
sino que todo en mí respira
como tu prístina creación.

Soy todo/a, tuyo/a, Señor.
Cuenta con mi vida sencilla
porque sé que tu mano derecha
me cobija y abraza,
y me defiende de toda vana rencilla.

¿Quién soy sin tu apoyo y ayuda?

"*Semejante es mi amado a una gacela,*
o a un joven cervatillo.
Vedle ya que se para
detrás de nuestra cerca,
mira por las ventanas,
atisba por las rejas" (Cantar de los Cantares 2.9)

Señor,
cuando esta tarde o mañana
vengo a visitarte,
te contemplo como una gacela
que corre por los senderos de mi alma.

Y ahora, tranquilo/a y sereno
me doy cuenta de que estás
de mí totalmente cerca.

Me miras como a un ser único
desde dentro del sagrario;
me dices palabras hermosas
que superan las del vocabulario.

A veces, Señor amado,
me gustaría penetrar tus pensamientos,
y las alegrías de tus sentimientos.
Pero sé que Tú eres el Otro
que habita íntimamente en mí,
más que yo mismo.

Y ¡qué pena!, Señor,
que pase horas desapercibido
y lejano a tu presencia.

Gracias, Señor,
te dejo en tu paz soberana
porque adondequiera que vaya,
tú siempre me acompañas
con tu amabilidad serena.

Empieza a hablar mi amado,
y me dice:
"Levántate, amada mía,
hermosa mía, y vente"(Cantar de los Cantares 2.10)

Señor,
hoy vengo a verte
con mi alma desgarrada.
He sufrido la incomprensión
de gente que creía
que me amaban.

Me siento decaída,
no tengo ganas de nada.
Y ahora, ante ti, amado amigo
que nunca defraudas,
escucho tus palabras:
"Levántate" suena a grito de guerra
contra las depresiones
y estados bajos del alma.

Soy para ti hermosa,
incluso en estos instantes
en que me encuentro decaída,
sin fuerzas...
Pero tu "vente" repentino,
me ha desconcertado
y me ha hecho recuperar
todo mi sentido divino
que habita en mis entrañas.

"*Aparecen las flores en la tierra,*
el tiempo de las canciones es llegado,
se oye el arrullo de la tórtola
en nuestra tierra" (Cantar de los Cantares 2.12)

Señor,
como vive la flor su belleza
embriagando el ambiente,
así la flor de mi vida
sonríe a cada instante
con ganas de verte.

Las canciones alegran nuestra existencia
cuando los ritmos y las melodías
inundan de paz nuestra conciencia.

Cuando los pájaros cantan desde el amanecer
en las verdes alamedas,
son un signo maravilloso,
para que mi alma se mantenga despierta.

Hay días, Señor,
en que ni canto ni veo tu naturaleza.
Es tanta la ceguera que tengo,
que no acierto a ver tu grandeza.

Grandeza en tu obra creadora,
imagen de tu presencia.

Quisiera que mi vida fuera flor,
pájaro y sonrisa para esta tierra.

Es una forma de orar preciosa
y completamente evangélica.

"*Déjame oír tu voz;*
porque tu voz es dulce,
y gracioso tu semblante" (Cantar de los Cantares 2.14)

Señor,
la voz es el medio de comunicación
que tú has puesto en nuestros labios,
para comunicar tu mensaje evangélico
a los ignorantes y a los sabios.

Cuando me encuentro a solas
cada día con tu ternura,
me entran deseos de alabarte
con la simplicidad de tu criatura.

Fuera de tu templo
y en los medios de comunicación,
se palpa la agresividad de alguna gente
porque les falta la fe en su corazón,
la ilusión de vivir anclados
en la dulzura de tu semblante.

Mi semblante, Señor, es, a veces,
un torbellino que espanta a los otros;
no sé controlar mis impulsos,
no me cultivo como debiera
en tus sabios designios.

No suelo escuchar voces dulces,
voces amables.
Se grita mucho. Se grita más
porque gritando se cree tener la razón.

Y no es verdad, Señor.
Haz de mi voz un instrumento de dulzura.

Antes que sople la brisa del día
y se huyan las sombras,
vuelve, sé semejante,
amado mío, a una gacela...
por los montes de Béter (Cantar de los Cantares 2.17).

Señor,
cuando por el firmamento celeste
apunta la luz del alba,
te dirijo mi primera palabra,
convertida en humilde plegaria.

La brisa del nuevo día, fresca y lozana,
encamina mis pasos seguros
por la senda de mi deber cumplido,
como una ofrenda de este día,
estrenado desde la mañana.

Te pido que vuelvas a mí,
para que contigo, el día pase
entre tu santidad y mi fragilidad,
eternas compañeras de viaje.

Ahuyenta de mí las sombras
que saben a pecado.
Y manténme siempre cómo tú deseas
irreprochable y santo.

Gracias, Señor,
desde tu oculto sagrario.

"Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad.
Por las calles y las plazas
buscaré al amor de mi alma. (Cantar de los Cantares 3.2)

Señor,
¿qué sentido tiene mi vida
si desde que comienzo a caminar
no me centro en tu verdad?

Nada. Sería como un coche puesto en marcha.
Ando caminos y caminos
sin que me acompañe "conscientemente"
tu presencia alentadora y sagrada.

En mi recorrido por la ciudad,
no es fácil hallar huellas de tu amor.
La gente, una gran mayoría, vive
sumida en el placer del consumo.

Sí, Señor,
el consumo es el padrenuestro de cada día.
Se busca figurar, comprar ropa y coches de "marca"
para no ser menos ante los demás.

Y tú, amado Señor,
cuentas muy poco ante el hedonismo de la vida.
Yo mismo, como un "bicho raro" (así me dicen)
voy buscándote a ti como lo fundamental.
Me siento feliz, aunque les siente mal.

Te busco a ti, relativizo las cosas
y sé que en tu búsqueda me encuentro siempre,
iluminado, por el don de tu gracia en mi alma,
santuario que nadie me puede arrebatar.

"*Me robaste el corazón,*
hermana mía, novia,
me robaste el corazón
con una mirada tuya" (Cantar de los Cantares 4.9)

Señor,
¡qué admirable eres
desde el día inolvidable
que me robaste el corazón!

Lo vi tan claro en aquel momento
que, ante ti, bien lo sabes,
pronuncié mi voto de consagración.

Un robo que fue un acierto
porque tú me has dado mucho más
de lo que yo te he entregado.

Cuando hoy hay gente
que le cuesta comprometerse
de por vida en la vocación,
no encuentro otra salida más bella
que dar la vida por ti y tu Evangelio
sin esperar nada a cambio.

Tu mirada, oculta pero viva en el sagrario,
me hace sentir experiencias profundas
que no encuentro en otro lado.

Por eso, Señor,
cada día en cualquier iglesia
hago un "stop" en mi camino,
para que tú seas mi consuelo
en cualquier paso de mi destino.

"¡Fuente de los huertos,
pozo de aguas vivas" (Cantar de los Cantares 4.15)

Señor,
¡soy joven y me veo asaltado
por amigos de mi pandilla
que dicen que estás muerto!

Con mi testimonio y tu defensa
les hago ver que tú eres el "vivo entre los vivos"
porque has resucitado
y te mantienes siempre joven.

¿Sabes qué ocurre, amigo Jesús?
¡Claro que sí! Tú lo sondeas y lo sabes todo.
Pero siento que mis amigos,
desde que hicieron su primera comunión,
no han pisado tu templo ni por equivocación.

Hoy, lo sabes mejor que yo,
se busca sólo lo rentable en números
y en dinero.

Vale quien tiene, no quién es.
Y, aunque tú das la felicidad auténtica,
ellos prefieren los placeres materiales
mucho más que los espirituales.

Y, envueltos en esta atmósfera pagana,
no gustan de lo religioso ni del misterio
que, por otra parte, ni les importa,
ni les inquieta, ¡perdón!, un pimiento.

Viven del momento presente.
Son ricos en pesetas
y pobres ante ti, que menos mal,
tienes otro rasero de medir la recompensa.

Gracias, Señor,
veo que estás vivo por el ánimo que me das
aquí, solito y en silencio.

¡Comed, amigos, bebed,
oh queridos, embriagaos" (Cantar de los Cantares 5.1)

Señor,
la meditación de tu libro sagrado
el "Cantar de los Cantares",
es un canto a tu enamoramiento
por todas las criaturas.

Hay quien dice que los creyentes
son aguafiestas y tristes.
¿Habrán leído alguna vez estas palabras?

Con ellas nos invitas, Señor,
a que bebamos y comamos,
porque todo lo que has hecho es bueno.
Es el hombre quien, abusando de su libertad,
puede convertirlo todo en borrachera
y en una vil maldad.

Tu invitación trasciende, claro está,
los límites de las simples vísceras.
Quieres que nos embriaguemos de ti
como el enamorado de la enamorada,
con equilibrio, maduración y sin prisas.

Cuando alguien está borracho de Dios,
no pega ni insulta a nadie.
En tu Evangelio no hay excesos,
sino una comida y una bebida, la Eucaristía,
que quien la toma,
salta hasta la misma vida eterna.

¿Habrá mayor placer y mejor comida?

Piénsalo en este rato con el Señor.

"Yo dormía, pero mi corazón velaba.
¡La voz de mi amado que me llama!" (Cantar de los Cantares 5.2)

Señor,
me gusta comenzar
llamándote así cada día.
Apenas me despierto por la mañana
y me incorporo en la cama,
te ofrezco con la señal de la cruz
toda mi jornada.

Soy un ser privilegiado
al despertarme y ver que estoy vivo
en la temprana hora de la mañana.

He dormido profundamente
pero mi corazón, con su sístole y diástole,
ha velado junto a tu corazón de Amigo
que tanto me ama.

¿A qué me llamas hoy?

Y en el silencio de esta capilla,
escucho que me dices:
Sé hoy como el almendro florido:
si hablas con alguien, no tengas reparo
en dejar que caigan de ti todas las flores
que hay ocultas en tu alma.

Te digo esto, amigo creyente,
porque hay gente que siente vergüenza
de hablar de mí ante los demás.
¡Vaya cobardía y tontada!

Hoy me llamas a hacer cosas sencillas
desde que he tenido la suerte de estrenar
esta aventurosa y evangélica jornada.

Gracias, Señor.
¡Qué bueno eres!

"*¿Qué distingue a tu amado de los otros,*
oh la más bella de las mujeres?
Mi amado es fúlgido..."... (Cantar de los Cantares 5.9-10)

Señor,
tu esposa, que es mi alma,
y mi persona con cuerpo y espíritu,
viene hoy a tu presencia
con este interrogante.

Tranquilo/a miro tu sagrario
en una soledad perfecta.
Paulatinamente voy sintiendo
en las fibras sensibles de mi vida
que me contestas así:
Mira, joven o mujer o anciana:
Yo soy el Esposo con mayúscula
que nunca defrauda.

Mis actos de amor no son pasajeros
como el paso del viento por el mar.
Mi distinción es un signo eterno
que no tiene principio ni fin.

Sencillamente soy así.
Y todo cristiano ferviente
que vive en mi intimidad,
se da cuenta de que soy fúlgido,
luminoso, resplandeciente y bello
como el día de mi Trasfiguración
y Resurrección a los cielos.

Por eso hay en el mundo tantas mujeres
que han consagrado su vida sólo a mí.
Son las celestes vírgenes que velan y oran
por los demás y, en concreto, por ti.

¿Por quién rezas tú?
¿Dónde radica tu fulgitud?

"Sus labios son lirios
que destilan mirra fluida" (Cantar de los Cantares 5.13).

Señor,
aquí me tienes.
Ya sabes mi nombre.
Hoy vengo a ti con desgarros afectivos
dentro de mí mismo.

He empleado mis labios,
no como los puros lirios,
sino como un arma de pasión:
para besar con instinto,
para besar a quién tú conoces
con mala intención.

¿Y qué ha quedado tras ese momento?
Frustración.

Eso no es amor.

No he destilado mirra, no,
sino toda la fuerza indigna
que, no controlada,
ha salido de mi impuro corazón.

Y ahora aquí, ante ti, Señor,
me siento arrepentido
porque no he hecho de mis labios,
mensajeros de tu amor.

No he sabido ver en quién tú sabes
una imagen viva de ti mismo,
bella realidad de tu creación.

"Sus manos, aros de oro,
engastados de piedras de Tarsis.
Su vientre, de pulido marfil,
recubierto de zafiros" (Cantar de los Cantares 5.14).

Señor,
mira mis manos
desde dentro de tu sagrario.

Unas manos preciosas
que estrechan otras manos;
una manos que, al abrirlas,
se convierten en encuentros
con personas maravillosas.

He intentado, amigo Señor,
que, a pesar de mi fragilidad,
sean instrumentos de comunicación
desde las antenas de mi alma.

Con ellas he comprendido
que puedo compartir una amistad,
cuando las abro y las estrecho
como señal de evangélica fidelidad.

No tienen piedras lindas
como dice tu palabra sagrada,
pero van cargadas de afecto
para todos los demás.

Tengo las manos con callos
de tanto trabajar: trabajo
para ganar el sueldo de casa,
manos endurecidas por el tiempo,
manos arrugas de anciano,
manos limpias y bellas de doncella...
¿qué más da?

Mi vientre ha concebido a hijos e hijas.
He ahí su mejor adorno.
No como los fetiches que llevan hoy de adorno.

"Sus piernas, columnas de alabastro,
asentadas en basas de oro puro" (Cantar de los Cantares 5.15).

Señor,
esta tarde te presento mis piernas,
ágiles cuando era joven
y ahora entumecidas por el tiempo.

Pero, cuando leo esta mañana o tarde
las palabras del Cantar de los Cantares,
he percibido de ti, Amigo entrañable,
que tú no preguntas nunca
la edad que tienen.

¿Qué hacer, pues?

Cantar tu obra espléndida
en este cuerpo que se encorva,
cantar tu bondad en la juventud
que brinca como cervatillos
por los riscos y las rocas.

Cantar a las piernas
como mensajeras de consuelos,
como visitadoras de enfermos
y de humanos encuentros.

Tanto me quieres, Señor mío,
que siempre me miras con buenos ojos,
aunque mis piernas no sean columnas
esculpidas de mármol ni de oro.

Lo que más vale es que estés enamorado de ellas,
pues aunque son ya viejas como centenarios robles,
para ti son siempre nuevas.

"Su porte es como el Líbano
esbelto cual los cedros" (Cantar de los Cantares 5.15)

Señor,
traigo hoy a mi plegaria
mi alegría y mi contento.
Todo lo veo según tu óptica
que, por supuesto, se aparta
de muchos concursos de belleza
que se celebran en el universo.

Ningún poeta humano,
- de no estar inspirado por ti –
jamás podría describir como tú
el porte del alma cristiana.

Era frecuente en tu tiempo, Señor,
poner en la pluma de los escritores sagrados,
la metáfora de los cedros del Líbano.
Debían ser tan bellos como ningunos.

Todo tenía su sentido espiritual:
el porte del creyente es un cedro
que crece cobijando a los necesitados,
realzando la belleza de los páramos que,
rodeados de valles y montes,
daban su esplendor y su encanto.

Hoy se paga mucho dinero por la cosmética;
hoy hay mucho culto al "dios" cuerpo,
para tenerlo en forma y lucir su belleza,
muchas veces sin recato ni modestia.

Señor,
no me asusto de nada ni de nadie.
Simplemente soy un observador cristiano
que contempla todas las cosas y personas
desde el prisma que tú me has dado
en el altar de mi conciencia.

"Su paladar, dulcísimo,
y todo él, encanto.
Así es mi amado, así es mi amigo,
hijas de Sión" (Cantar de los Cantares 5.16).

Señor,
venimos hoy un grupo
de amigos y de amigas.
Nos lo pasamos bien
con nuestras sanas diversiones
y todo nuestro gran cariño.

No tenemos mejor paladar
en nuestra alma joven,
que disfrutar de este mundo
contando siempre contigo.

Muchos y muchas de nuestra generación
nos critican y ponen verdes
por nuestra vida tan viva y tan alegre.

Hoy, con tantos medios de comunicación,
se tiende a etiquetarnos en modas y costumbres
que, desde luego, distan mucho de ser fruto
del espíritu cristiano y del limpio corazón.

Nuestro encanto está en ti,
y todo lo miramos bajo tu perfil.
¿Tan difícil es vivir así?

Ya sabes que nos cuesta un poco,
pero nos gusta ir a contracorriente de la masa.

Sabemos que tú eres nuestro amado,
nuestro mejor e inquebrantable amigo
que siempre nos ama y abraza.

Nuestras almas juveniles se alegran
de que tú seas, en esta sociedad de consumo,
el único atractivo fuerte de nuestro hoy y futuro.

"Yo soy para mi amado y mi amado es para mí
él pastorea entre los lirios"(Cantar de los Cantares 6.3)

Señor,
hay un trueque impresionante
en el que tú te entregas todo por mí,
y yo con mis debilidades te doy
cuanto hay de bueno en mí.

No tengo otras deseos
que los de estar unido a ti,
como los de la esposa y esposo
en el santo matrimonio
que tú creaste para que cada cual fuera feliz.

Me pastoreas y me diriges
por los prados de la vida,
para que sienta tu amor límpido,
desde que empiezo el día
hasta que, ahora, en silencio,
me encuentro ante tu ser amado
pletórica mi alma de alegría.

Gracias por llevarme siempre
por entre caminos y valles
en los que crece el lirio de la virtud
y la sonrisa inocente de tu pulcritud.

Hoy, Señor, hacen falta personas
que, llenas totalmente de ti,
nos encaminen por las sendas luminosas
en las que sólo brilla la alabanza
de los que nos dedicamos a ti.

"¿Quién es ésta que surge cual aurora,
bella como la luna,
refulgente como el sol,
imponente como batallones?" (Cantar de los Cantares 6.10)

Señor,
cuando uno se conoce a sí mismo
a la luz de tu cariño sincero,
dice como el Cantar de los Cantares.

Nos has hecho poco inferior a los ángeles
y, sin embargo, no caemos en la cuenta
de tus muchos favores celestiales.

Yo mismo/a, esta tarde tranquila,
cuando medito tus palabras santas,
me quedo anonadada/o de quién soy
y de lo poco que me estimo.

Hoy me satisface conocerme mejor a mí mismo
y entrar en mis orígenes, que son tuyos.
Nunca me he sentido tan bien.
La gente se equivocaba cuando hablaba de mí:
me decía que me conocía.
Era pura falsedad. El gran psicólogo de mi alma,
sin medicinas ni tratamientos eres tú y tu amor.

Termino mi oración contigo con esta frase:

"Señor, enséñame a conocerte a ti
y a conocerme a mí".

Eso es más bonito que la aurora,
la luna y el sol,
lumbreras de la creación.

¡Qué lindos ton tus pies en las sandalias,
hija de príncipe!
Las curvas de tus caderas son como collares,
obra de manos de artista!" (Cantar de los Cantares 7.2)

Señor,
en tu boda con la humanidad
y conmigo en concreto,
nunca he escuchado palabras tan bellas,
a mí dirigidas, en todo el universo.

Me has llamado hija de príncipe
y así se siente mi alma,
cuando todo mi cuerpo es pura alabanza
para tu nombre y para tu gloria inmaculada.

¿Cuándo voy a dejar de ser vanidosa
y abandonar todos mis afanes y dones
a los pies de tu semblante reluciente?

La vanagloria es una corriente
moderna, que lleva al ser humano
a convertirse en un"dios" pequeño y fatuo
de mala muerte.

Toda nuestra gloria radica en tus manos,
manos de artista entre artistas
porque eres Infinito e Increado.

Esta tarde, Señor,
no me siento orgulloso/a
porque, por fin, he comprendido
que cuanto soy y tengo,
es obra de tu propia cosecha.

Rechaza de mi mente
todo pensamiento que no sea
el de ser tu príncipe o princesa
de tu inmarchitable gloria.

"Allí te entregaré
el don de mis amores" (Cantar de los Cantares 7.13b)

Señor,
como en un cofre escondido
mantengo mi unión contigo.
Un cofre que de sí despide
la fragancia de tu cariño.

No lo tengo sólo para mí
sino para todo ser humano
que necesite, mediante el Evangelio, de mí.

Pero tú me entiendes:
desde que supe que me amabas,
lo he guardado nítido para ti.

Representa el don de mis amores
y de los tuyos por mí.

Desde entonces me repito,
fecuentemente y a menudo:

Tú en mí y yo en ti.

Mis amores los conoces
y los amas como el oro de tu templo,
como la brisa del viento,
como la montaña erguida
en el océano de mis sentimientos.

Ya sabes, Señor:

Tu en mí
y yo en ti.

"Ponme cual sello sobre tu corazón,
como un sello en tu brazo...
Grandes aguas no pueden apagar el amor... (Cantar de los

Cantares 8.6.7).

Señor,
la vivencia y el compromiso de mi fe
no es algo cultual o externo a mi persona,
sino un sello clavado alegremente en mi corazón
como signo de que vives en mí y no me olvidas.

Intento con esta armadura de la fe,
remediar las necesidades afectivas de la gente,
llevarles una palabra y una acción de consuelo,
enjugar las lágrimas físicas o morales
de quienes lloran a solas.

Mi fe me lleva con urgencia
a tranquilizar los ánimos;
a mostrar mi cariño y mi afecto
a quienes están a mi lado.

No pretendo ser un limosnero
sino un comunicador vivo de tu santo Evangelio.

Ofrezco, en este mundo convulso,
pequeñas y grandes esperanzas.

No quiero perder los instantes preciosos
de la existencia que me has dado,
en tontadas superficiales, sino aferrarme a ti,
que de cuidados tanto sabes.

Señor,
quiero paliar las angustias y temores
de tus amigos los enfermos,
con hechos y con palabras.

Haz de mi sencilla vida
una ofrenda cada día,
y que nunca de mí desaparezca
el sol de tu alegría.

"En el alma fraudulenta no entra la Sabiduría,
no habita en cuerpo sometido al pecado,
pues el Espíritu Santo que nos educa
huye del engaño,
se aleja de pensamientos necios" (Libro de la Sabiduría 1.4-5)

Señor,
mi amigo es muy inteligente
porque aprueba todas las asignaturas.
Pero observo que tiene poca sabiduría
porque no sabe "gozar" de sus dones
y de todo lo que tú significas.

La ciencia humana, tan pobre y limitada,
le ha apartado de ti.
Piensa que mi adhesión a tu Evangelio
es cosa de ignorantes y poco de sabios.

En mi sabiduría normal, fundada en tu amor,
vivo la vida más feliz que él.
No encuentra razones a mi felicidad
siendo menos inteligente.

¿Y sabes qué le digo?

Vive la Sabiduría de Dios
y te darás cuenta dónde radica la esencia de todo
y la misma fuente de la ciencia y del amor.

Mis pensamientos son luminosos
porque están alumbrados por tu presencia.
Haz que nunca en ellos entre la tiniebla.

Tu Espíritu que habita en mí
me inspira ganas de vivir,
sin someterme al pecado sino a tus mandamientos,
caminos seguros para ser felices en esta tierra
y en el Reino de los cielos.

"Porque el espíritu del Señor llena la tierra
y él, que todo lo mantiene unido, tiene conocimiento de toda palabra" (Sabiduría 1.7).

Señor,
buenas tardes o buenos días.
Me siento alegre y feliz
como la alondra que cruza el cielo.

Ya sabes que soy un admirador de tu naturaleza,
grande, hermosa y bella.
En ella veo tu huella divina
y desde ella elevo mis ojos al cielo
en ferviente plegaria.

Sé que tienes conocimiento de todas mis palabras:
las vanas que digo, perdóname,
y también las acertadas.

Igual que amas a tu creación,
mucho más me amas a mí,
tal y como soy,
en tu corazón de Padre.

Si observáramos más tu obra creada,
todo cambiaría ante nuestra mirada:
dame ojos limpios para verte en las mujeres,
en los hombres, en los ancianos y niños,
imágenes vivas de tu presencia.

Son tu huella visible. Gracias.

Lléname de tu Espíritu
para que en todo y sobre todo,
sea un enamorado de tu amor,
manifestado ante lo que veo,
con las antenas de mi corazón.

"Guardaos de murmuraciones inútiles, preservad vuestra lengua de maledicencia... La boca mentirosa da muerte al alma" (Sabiduría 1.11)

Señor,
vengo hoy a tu presencia
con el ánimo desconsolado.
Me he enterado de murmuraciones
levantadas contra mí sin razón de ser.

Tú me conoces a la perfección:
intento vivir a fondo tu Evangelio
hablando bien de la gente,
pensando bien de ella
y haciéndole todo el bien que puedo.

No te apures, amigo/a,
la persona que está vacía de mí,
maquina cosas contra todo el mundo.
Tienen una lengua muy larga
y no caen en la cuenta del daño que hacen
con sus palabras inútiles y malsanas.

Hoy decís vosotros que las mujeres
son "cotilleras".
También hay gente joven y adulta
que se goza en cosas como éstas.

Es una pena.
Aleja de tus labios toda maledicencia.
Que tus palabras sean tan sinceras
como digo en mi Escritura: sí, sí o no, no.

"Paso de una sombra es el tiempo que vivimos...
Venid, pues, y disfrutemos de los bienes presentes...
gocemos de las criaturas con el ardor de la juventud...
Hartémonos de vinos exquisitos y de perfumes (Sabiduría 2.5.-7).

Señor,
en tu palabra revelada en la Sabiduría
me hablas de la fugacidad del tiempo.
¿Qué son cien años en tu presencia?
Un ayer que pasó. Un suspiro del viento.

Y, sin embargo, me afano en decirme a mí mismo:
come, bebe, aprovéchate de todo:
que mañana morirás.

¡Qué torpeza la mía, Señor!
Sé que tu creación está inacabada
y que debo poner en ella mi parte
de ser humano. He de gemir creando cosas
que sean de tu agrado,
para ser luminoso incluso en la tarde.

Los días que amorosamente nos concedes,
son una pista de lanzamiento divina
para conseguir la vivencia de tus bienes:
tanto los espirituales como los materiales,
con una claridad diamantina.

Todo tiene su sentido ultramundano,
cuando la antorcha de la fe ilumina nuestros pasos.

Perder la óptica de actuar según tus designios,
es embarcarse en placeres de toda clase,
como hacen los paganos con sus dioses mortales
y todos sus infortunios.

Señor,
en este rato he tomado conciencia
de que todo cuanto soy y tengo,
debo compartirlo con los otros
como una sencilla ofrenda.

"No respetemos las canas llenas de años del anciano.
Sea nuestra fuerza la norma de la justicia,
que la debilidad, como se ve, de nada sirve" (Sabiduría 2.10-11)

Señor,
te traigo conmigo esta tarde a la plegaria
un anciano amigo de la Residencia.
Me ha enseñado muchas cosas
desde el alcázar de sus años
y con sapiencia suprema.

Le he tomado un gran cariño
por lo que ha hecho por sus hijos y su mujer,
y por todo el mundo que ha necesitado
del calor de sus manos, ahora arrugadas por el tiempo,
que ya no non lo que fueron ayer.

Se queja de que los jóvenes "pasan de ellos"
como de algo inútil y un estorbo.
¿No saben que han trabajado toda su vida
por educarlos y criarlos?

Ellos le han dado un sentido a su vida
con el paso de los años.
Ha desaparecido lentamente su fuerza física
pero les queda la moral y espiritual
que no tiene tiempo ni espacio.

¿Es que el valor radica en la biología?
¿Es que la justicia radica en la fuerza?

Señor,
gracias por enseñarme a querer a los ancianos,
la quintaesencia de la vida entregada a los demás
durante años y más años.

"En cambio, las almas de los justos están en las manos de Dios
y no les alcanzará tormento alguno.
A los ojos de los insensatos pareció que había muerto" (Sabiduría 3.1-2).

Buenos días o buenas tardes, Señor.

La familia de mi amigo está destrozada
porque ha sufrido la pérdida de su esposo y padre
cuando todavía estaba en plenitud de vida.

No te entiendo, Señor.
¿Por qué permites que muera alguien
que tanta falta hace en la familia?
¿Por qué arrebatas de esos hijos
la presencia de su querido padre?

No te entiendo y hasta me rebelo contra ti.

Es normal que así lo hagas como Job
ya lo realizó hace muchos siglos.
Pero, ¿te olvidas de que soy el dueño de la vida?
La doy y la quito según mi voluntad y no la tuya.

Además, la vida sigue su curso.
¡Ay, cuánto habéis estropeado mi naturaleza!
Muchas enfermedades sobrevienen por contaminación,
por causas naturales, por experimentos...
¿qué quieres?, ¿que siga haciendo a cada instante milagros?

Lo que te pido es que te fíes de mí.
Todo cuanto hago tiene su sentido
aunque no lo quieras entender.
No te pido que me entiendas,
sino que me ames.

La muerte, la verdadera muerte desapareció
con la muerte de mi Hijo Jesús.
Ahora, amigo/a, sólo existe una transformación,
una venida a mi Reino de pulcritud.

¿Por qué hacéis de la tierra un paraíso?

Es el celeste. Llorad la muerte del ser querido, sí,
pero tened fe en que está vivo ante mí.

"Los que en él confían entenderán la verdad
y los que son fieles permanecerán junto a él
en el amor" (Sabiduría 3.9).

Señor,
me siento cada día más dichoso
del don de la fe que me has dado.
Tengo amigos y compañeros
que no la han aceptado.

Me fascina tu libertad santa
de no obligar a nadie, sino dejarles
libremente a que vivan a ti unidos
y a la humanidad entera.

En el fondo,
como le ocurre a la primavera,
hacen cosas buenas por los demás
y eso es una excelente señal.

La confianza en ti, Señor,
no es dejar que tú lo hagas todo, no.
Es simplemente entregarte todo nuestro ser
para que, bajo tu mirada, fructifique
en frutos de buenas obras.

Eres tú quien me da la confianza,
como la madre al niño en sus brazos.

Por eso, esta mañana o tarde, te digo:
Señor, mi amigo, mi confianza,
mi consolador, mi reconciliador en la debilidad:
bendíceme
protégeme
y dame paz.

"Dichoso el eunuco que con sus manos no obra iniquidad
ni fomenta pensamientos perversos contra el Señor;
por su fidelidad se le dará una escogida recompensa,
una herencia del Señor" (Sabiduría 3.14).

Señor, buenas tardes.
Soy sacerdote de tu Evangelio
y misionero de tu palabra.

En esta sociedad de consumo
mi misión se entiende poco.
El celibato se ha convertido
en motivo de ataques contra la Iglesia:
deberían casarse los sacerdotes
y así habría más.

Es una mirada corta de alcance.
Posiblemente no hayan leído estas palabras
de tu libro de la Sabiduría.

Soy un eunuco libre por tu Reino,
lo he elegido libremente
el día de mi consagración.
Sé que has sido tú y no mi fuerza
la que me mantiene célibe por amor.

Sí, esta palabra se hace más grande en el corazón
cuando se ama a todos desde tu fe.

Soy consciente que, por mis cualidades y estudios,
podría trabajar en el mundo como un profesional.

Pero tu llamada ha cambiado mi existencia
por sendas distintas. No tengo mujer, ni hijos propios,
pero tengo la dicha de amar.

Nunca pienso en lo que he dejado,
sino en lo mucho que he ganado.

Es bello trabajar gratis por tu Evangelio.
Hay creyentes tan buenos, que se desvelan
por tu sacerdote. Dale las gracias y bendícelos.

"Agradó a Dios y fue amado,
y como vivía entre pecadores, fue trasladado.
Fue arrebatado para que la maldad no pervirtiera su inteligencia
o el engaño sedujera su alma" (Sabiduría 4.10-11)

Señor,
toda mi vida quiero que sea un agrado
por todo cuanto haces por mí.
Y ahora, en este momento concreto,
solo ante tu sagrario,
te alabo y te bendigo de corazón.

La alabanza es una plegaria sentida
a tu bondad para conmigo,
un ir a tu encuentro, con mi alma llena
de gratitud y de sentimientos.

Cuando sé que me amas,
me alejo de los pecadores insensatos
para centrar mi existencia en la tuya
que nunca me descuida y me calma.

Cuando hace unos días
murió mi sobrino a los ocho años,
le decía a su madre, mi hermana:
Recuerda lo que dice el Señor
en el libro de la Sabiduría:
"Fue arrebatado para que la maldad
no lo pervirtiera".

Y sollozando me decía:
Tienes razón. Dios nunca falla.
Pero como madre, siento la muerte
de mi querido hijo.

Y, en el fondo de mi dolor,
digo como el profeta Job:
"Dios me lo dio
él me lo quitó.
Hágase su voluntad".

No puedo escudriñar los designios de Dios,
pero tengo la fe cierta y segura de que son de amor.

"Lo ven las gentes y no comprenden,
ni caen en la cuenta
que la gracia y la misericordia son para sus elegidos
y su visita para sus santos" (Sabiduría 4.14-15).

Señor,
en esta sociedad alejada de ti,
sólo cuenta la apariencia, los falsos dioses
del consumo y hedonismo,
los horóscopos y adivinos,
como sustitutivos de la fe.

Nunca se han visto las consultas
de psicólogos y psiquíatras más llenas
de personas angustiadas y estresadas por penas.
¿No será porque tú les faltas?

El creyente auténtico, por el contrario,
cuando se deja permear por tu gracia
y tu santa misericordia,
no se angustia nunca, ni va a los adivinos.
Recurren a ti, como yo esta tarde,
para echar un rato contigo.
Caigo entonces en la cuenta
de que mi vida tiene sentido en tu cariño,
en tu ternura y en el perdón de mis faltas.

No te veo como un Dios juez
o policía que apunta faltas de tráfico,
sino como la divina ternura
que siempre acompaña en mi camino
con la más delicada finura.

Quien a ti se da de mente y corazón
es un privilegiado, porque aprende a ver
todas las cosas de cada día
con tu misma visión de fe y de amor.

"*¿De qué nos sirvió nuestro orgullo?*
¿De qué la riqueza y la jactancia?
Todo aquello pasó como una sombra,
como una noticia que va corriendo" (Sabiduría 5.8-9).

Señor,
aquí me tienes esta tarde
sofocado por mi orgullo.
Me creo el más importante,
no presto atención a los otros,
no los escucho.
Me creo superior a ellos.
Es mi capricho.
Ahora, cuando me encuentro ante ti,
descubro que no soy nada, ni nadie.
He perdido el tiempo de mi vida
buscando cosas y afanes fuera sin sentido.

¿De qué me sirve ahora chulearme
ante los demás de mis riquezas y poderío?
De nada.
Todo ha pasado como un instante,
como una noticia de telediario,
que dura un cuarto de hora.

Soy como una sombra que oculta
la verdad y lo auténtico.
Me arrepiento, Señor, de mi desconcierto.

¿Por qué no habrá más ahínco por poseer
las cosas de Dios y menos las humanas?

Por falta fe, porque sin ella,
todas las cosas resultan vanas.

Te doy las gracias, en esta tarde particular,
porque he descubierto que el orgullo y la soberbia
son paja que arrebata el viento.

No sirven para nada.
Tan sólo tú, desde el sagrario,
eres fuente de sencillez, de apertura a ti mismo
y al mundo de los demás.
Y eso se llama humildad.

"Estad atentos los que gobernáis multitudes
y estáis orgullosos de la muchedumbre de vuestros pueblos.

Porque del Señor habéis recibido el poder" (Sabiduría 6. 2-3).

Señor,
he pretendido a gobernar a los otros
según mis caprichos y antojos.
No les he prestado atención
en sus cuitas y enojos.

Me he considerado el más importante de todos
porque ostentaba la autoridad.
En lugar de ponerla a su servicio,
la he empleado para mi veleidad.

Sé que el mundo actual,
gran parte de él descristianizado,
piensa que el poder lo dan las urnas
y no la Sabiduría de Dios
en cada ciudadano representado.

Cuando la autoridad es entrega,
se mira ante todo la pobreza de los necesitados.
Hoy, por el contrario, son los que sufren
impuestos y demandas
perseguidos por Hacienda.

La hacienda de los ricos, sin embargo,
se evade de esta regla de mil formas.

¿Qué justicia es ésta?
¿Qué haría el Señor si en este momento
a su pueblo volviera?

Pues tenlo en cuenta:
él está en cada injusticia que al pobre
se le impone y al rico se le perdona.

"Entre los hombres puso su nido, fundación eterna,
y con su linaje se mantendrá fielmente...
La Sabiduría florece en paz y buena salud" (Eclesiástico 1.15.18).

Señor,
estoy admirado de la gente que hay enferma.
¿No será porque les falla la paz de su conciencia?
No se miran a sí mismos.
No hacen examen de recuperación,
no se detienen un instante para examinarse
a la luz de tu Evangelio y transparencia.

Van al vuelo de novedades pasajeras
y te abandonan a ti, autor de todo lo bueno
que la vida un día nos diera.

Nos quieres tanto, Señor,
que en nuestra casa has puesto tu nido.
Somos tus mejillas y tus ternuras continuas
desde el momento en que nos diste el soplo de vida,
impulsor y propagador de noticias buenas.

Me admira tu fidelidad eterna
aunque nuestra fragilidad te ofenda.
Esa es nuestra gran suerte: contar con el Dios
que se goza perdonando,
y está siempre lleno de misericordia a nuestra vera.

¡Qué pena siento ante las parejas, por ejemplo,
que rompen por capricho e inmadurez
tu alianza sagrada y eterna!

Ya no cuenta, por desgracia,- en algunos-
la indisolubilidad en el matrimonio.
Se rompe el sello de amor eterno
por un cuerpo nuevo, sin amor y sin conciencia.

Señal de inmadurez absoluta,
signo de una sociedad corrupta.

Cuando al ser humano le falta tu Sabiduría,
sólo piensa en lo material
y deja aparte el valor supremo de lo espiritual.

¡Y así le va!

"Si apeteces la sabiduría, guarda los mandamientos,
y el Señor te la dispensará...
No seas hipócrita delante de los hombres
pon guardia tus labios" (Eclesiástico 1.26.29).

Señor,
tú nos dices que quien cumple
tus mandamientos,
vive en tu amor.

Quisiera que, desde hoy,
me pusiera como objetivo
vivir tus dones, manifestados
en los diez mandamientos.

Quien "saborea" tus leyes divinas,
tú le dispensas y otorgas bienes
que superan la felicidad humana finita.

Cuando me encuentro con gente hipócrita,
reacciono como tú ante los fariseos.
No soporto que digan lo que no sienten
y hagan cumplir a otros lo que ellos no hacen.

El hipócrita es un ser rechazable
porque aparenta lo que no es
y se hace, a la larga, insoportable.

Señor,
te pido sinceramente
que pongas guardia en mis labios.
Haz que lo que salga de ellos
sea la pura y simple verdad
y no mentiras sin cuento.

La verdad me hace libre,
dice tu Evangelio.

Yo quiero ser libre.
Ayúdame en mi intento
y sé mi guía y mi consuelo.

"Hijo, si te llegas a servir al Señor,
prepara tu alma para la prueba" (Eclesiástico 2.1)

Señor,
hay quien cree
que seguirte por la senda del Evangelio
es cosa fácil.
Lo que más me gusta de ti
es que eres exigente.

La exigencia me impulsa
a huir de toda rutina y mediocridad;
tu exigencia me mueve a ser
una persona comprometida
y no una piltrafa "cumplidora".

Sé de sobra que quien te sigue
está preparado para la prueba.
Tu camino no es un sendero de rosas,
sino una senda por la que encontramos
dificultades para ser mejores.

No soy ningún "beato o santurrón".
Me parto la vida por tu Evangelio
que me compromete a una acción
por los más débiles y desamparados.

Cuanto más de cerca uno te sirve,
más satisfacción encuentra en lo que hace.
Tú me das una fuerza divina sin medida
para trabajar sin cansarme.

Es lo que decía tu santo:
"El alma que anda en amor ni cansa ni se cansa".

¿Cómo me voy a cansar en tu obra apostólica?

Es sencillamente, Señor,
de cuanto hago, la más bella y hermosa.

"Todo lo que te sobrevenga, acéptalo,
y en los reveses de tu humillación sé paciente.
Porque en el fuego se purifica el oro,
y los aceptos a Dios en el horno de la humillación" (Eclesiástico 2.5).

Señor,
hoy me he encontrado con un amigo
que no acepta a su mujer.
Cree que no tiene razón en nada.
Ella es para procrear y para la casa.

¿Tienes humildad?, - le he preguntado.
Y con aire de desprecio, me ha dicho:
Eso son cosas de curas y de monjas.
Hoy vale quien se impone por la fuerza.

Y, viendo su rostro airado, le he dicho:
Mira, humildad significa apertura a Dios
y al mundo interno de los otros.

Si no tienes paciencia contigo mismo,
- le dije con mi mirada-
no puedes ser feliz ni lograrlo con tu mujer.

Los reveses que da la vida, se aceptan
con elegancia y gallardía.
Y, como creyente, unido al Señor,
le añado el don de la alegría.

La paciencia no es pasividad,
sino una fuerza interna que te lleva
a dominarte y vivir en equilibrio
por tu propio bien y el de tu familia.

¿Te sientes feliz así?

No. Ya lo ves. Soy un manojo
de nervios incontenibles,
una fachada sin belleza interior alguna.

"*Pues el Señor glorifica al padre en los hijos,*
y afirma el derecho de la madre sobre la prole.
Quien honra a su padre expía sus pecados;
como el que atesora es quien da gloria a su madre" (Eclesiástico 3.2-3)

Señor,
soy un padre de familia
y no entiendo a mis hijos.
He descuidado mi trato con ellos
justo en su adolescencia.

Cuando pequeños son preciosos
pero cuando llegan a jóvenes,
hace falta diálogo y paciencia.

Viven en otra onda distinta a la mía
y la generación joven se rebela,
insulta y exige mucho dinero.

Espero que en tu gran bondad
bendigas cuanto hago por mis hijos,
aunque me han salido como me han salido.

Ellos dicen que no les hablo
porque llego del trabajo agotado,
y prefiero la televisión y que me dejen
- es la verdad- relajado y tranquilo.
Una comodidad por mi parte.
Para que me dejen en paz les doy
el dinero, el coche y lo que me pidan.

Mi mujer y yo no vamos de acuerdo
en el delicado tema de la educación.
Y esta actitud no es buena
y desorienta su formación.

Esta es mi situación, Señor amigo.
Intentaré hablar con ellos y más contigo.
Cuando tú no eres el centro del hogar,
nada marcha por igual y al unísono.

"Haz, hijo, tus obras con dulzura,
así serás amado por Dios"(Eclesiástico 3.17).

Señor,
me han dicho que la dulzura
es una virtud o cualidad sublime,
pues alegra al mundo entero
con una suavidad sin límites.

Alguna gente de nuestros días
- para demostrar que son fuertes –
tratan a los demás sin finura
y con una cara nada sonriente.

Cuando un hijo trata bien a sus padres
todos se encuentran en casa, felices,
en una comunión de palabras e ideas
y con fuego en sus corazones.

La delicadeza une siempre a las personas
como en torno a una guirnalda
de olorosas flores silvestres,
mientras que la acritud en el trato diario
resquebraja las buenas relaciones.

Dios está en el centro de la familia
cuando en ella hay oración y plegaria.
Pero cuando éstas en casa faltan,
no hay unidad y se echa de menos la gracia.

"Ten en cuenta el momento y guárdate del mal,
no te avergüences de ti mismo" (Eclesiástico 4.20)

Señor,
me paso los días pensando en el mañana
que no conozco,
o con la nostalgia del pasado
que ya no existe.

No disfruto de la vida
con esta forma de actuar.
Disfruta del ramo de flores
que tienes en tus manos ahora,
y vive cada instante a pleno pulmón.

Esta es la gracia de la existencia
y el gozo de la conciencia.

Si vives este momento ante el sagrario
con toda intensidad,
te sentirás transformado por la fuerza
que viene de tu Amigo Jesús,
desde la misma eternidad.

Cuando te sientes a ti mismo
y vives en tu propia interioridad,
no sólo no te avergüenzas de ti mismo,
sino que experimentas el placer
de tu propia dimensión con la humanidad.

Si de ti te avergüenzas,
sencillamente no te conoces,
y te conviertes en imagen falsa de ti mismo
y en un engorro para los demás.

"A la verdad no contradigas,
mas ruborízate de no estar educado" (Eclesiástico 4.25)

Señor,
hay gente que por sistema
contradice a la verdad,
engañándose a sí mismos
aunque queden bien ante la sociedad.

Yo, aquí, ante tu presencia divina,
quiero ser siempre libre
porque la verdad me da las alas de la libertad.

En este rato contigo
no digo muchas palabras.
Me miras y te miro.
Y eso vale por mil palabras.

Cuando leo tu libro sagrado,
no encuentro palabras malsonantes
porque están inspiradas por ti
a escritores muy bien educados.

Las palabrotas en la calle,
en los bares y medios de comunicación,
se han convertido en lenguaje común
con un vocabulario que suena muy mal.

Y no sólo palabras peor dichas,
sino también gestos expresivos y bajunos
que rebajan nuestra relación cordial.

Haz de mí un instrumento de educación
para que mis sentimientos penetren
evangélicamente en los demás.

Gracias, Señor.

"Manténte firme en tu pensamiento
y sea una tu palabra" (Eclesiástico 5.10).

Señor,
en esta sociedad en la que vivo,
hay tránsfugas políticos,
chaqueteros de turno,
embaucadores de gente sencilla
para obtener unos votos indignos.

La convicción no es para muchos
un alto y magnífico bien común.
Un día dicen una cosa
y mañana otra diferente.

Sin embargo, ante tu sagrario,
me siento tal y como soy:
una persona de fe arraigada
en tu santa persona,
alguien que tiene la cabeza sobre los hombros
y no una veleta de campanario.

Cuando digo una palabra,
antes la medito despacio,
la razono dignamente
para comunicarla de corazón.

Me horroriza el fingimiento
de alguna gente.
Traiciona su pensamiento
tan sólo para quedar bien
ante gente ignorante y complaciente.

Tu palabra, Señor, hace tantos siglos,
vale siempre. Así me gusta.
Por eso la medito ante ti constantemente.

"El amigo fiel es seguro refugio,
el que le encuentra, ha encontrado un tesoro"(Eclesiástico 6.14)

Señor,
cuando en la vida moderna
se rompen tan fácilmente las amistades,
me siento intrigado y pesaroso
por cambios tan repentinos y radicales

Parece que la amistad
se confunde con la simpatía
que dura la flor de un día.

La amistad es seguridad,
es más fuerte que el mismo amor
porque es todo gratuidad.

Al amigo se le exige
que sea fiel en sus compromisos,
que no traicione nunca al amigo
ni siquiera ante poderosos y ricos.

Si la amistad es un tesoro,
como dice tu palabra sagrada,
debe ser difícil encontrar
a un auténtico amigo.

El amigo es de una ayuda eficaz
en los momentos de dificultad.
En ellos se demuestra hasta dónde llega
el valor límpido de la amistad.

Cuando vengo a verte, Señor,
compruebo cada día
que tú eres el amigo fiel
que siempre escucha sin más ni más.

“ No te burles del hombre que vive afligido,
porque el que humilla, también exalta” (Eclesiástico 7.11)

Señor,
ayer sentí una gran pena
cuando iba por la calle.
Un hombre afligido
por su edad y enfermedad,
percibía la burla insultante
que le hacían los demás.

Con paciencia y buenos modos
pensé en el samaritano de tu parábola.
Y diciéndole que lo dejaran tranquilo,
me acerqué a él con todo cariño.

Reanimado por mi cercanía,
le llevé a un centro de salud
para ver lo que tenía.

Todo el gasto corrió por mi cuenta
aunque sabes que no soy rico.
Y al día siguiente fui a verle
y sentí un placer infinito.

La caridad es amor vivo
ante los seres humanos,
que sufren el abandono
de sus hijos.

El buen hombre, en lugar
de insultar a los otros,
se mantuvo quieto y tranquilo.

Señor, me dijo, gracias por todo
y que Dios le premie su gesto de amor
por los siglos de los siglos.

"No faltes a la mujer sabia y buena,
que su gracia vale más que el oro" (Eclesiástico 7.19).

Señor,
hoy – en muchos casos –
como ocurría en tu tiempo,
la mujer es vista como simple deseo
o un objeto de placer.

La mujer, con su dignidad
y su maternidad, es la figura
por excelencia de nuestro sentido respeto
y de nuestra mejor amabilidad.

Hoy, te lo repito de nuevo, Señor,
aquí solo ante el sagrario,
se abandona a la mujer
por el maldito divorcio.

En nuestros días hay gente
que prefiere la unión sentimental,
la unión que no les compromete
para toda la vida y eternidad.

Y, sin embargo, a pesar de tanta libertad,
hay continuas peleas, muertes y denuncias
por faltarle el respeto a la mujer,
que, si se respeta a sí misma,
vale más que el oro por su gracia,
su simpatía y su belleza natural.

Respeta y ama a la mujer,
creada por Dios a su imagen y semejanza,
y no según tus vicios y amenazas.

“No te alegres con la muerte de nadie,
recuerda que todos moriremos” (Eclesiástico 8.7).

Señor,
esta semana he asistido a algo doloroso
que me ha conmovido el corazón.
Un señor, que no había sido bueno,
fue motivo de alegría para muchos
que se reían incluso en su entierro.

Le deseaban la muerte a ciegas
por su antipatía visceral
y el odio en sus entrañas.

Yo entonces me acordé
de tus divinas palabras:
“Amad a vuestros enemigos”.
Si amamos a los simpáticos y guapos,
¿qué mérito tenemos?

Eso lo hace cualquiera.
El creyente, sin embargo,
va más allá de límites y fronteras.

La muerte nos llega a todos
más tarde o más temprano.
Ella nos iguala a todos
en el camposanto.

Sentí vergüenza ante el espectáculo.
Y, cuando ahora estoy contigo,
te lo cuento para que sepas
que tu libro sagrado, escrito hace siglos,
tiene plena actualidad.

Tu palabra nunca falla.
Es eterna como tú, el Inmortal.

“Con los inteligentes ten conversación,
y tus charlas versen sobre la Ley del Altísimo” (Eclesiástico 9.15).

Señor,
si fuera valiente y consciente de mi fe,
mi conversación normal
entre mis amigos y en casa,
debería ser tu persona.

Pero en esta sociedad,
que de ciencia alardea,
ya no se habla de ti,
salvo en las iglesias.

Cada vez que puedo,
hablo con gente inteligente
para que me dé ideas y vida
que me ayuden a vivir
y sienta ganas de verte.

Hoy, la mayoría de las charlas
son de temas intrascendentes:
la comida, las mujeres o los hombres
y el coche de nueva marca.

Intento, cada vez que puedo,
comentar tu Sagrada Escritura
en casa y entre amigos creyentes
a los que quiero.

Tu Evangelio debería propagarse
por todas las antenas del universo,
anunciando la Buena Nueva
que nos convierte en felices y nuevos.

“ La soberanía pasa de una nación a otra,
por las injusticias, las violencias y el dinero” (Eclesiástico 10.8).

Señor,
cuando el poder corrompe a los hombres,
se convierten en ambiciosos,
desprecian los derechos humanos,
violan a las mujeres,
se cometen genocidios
por una soberanía pasajera.

¿Quién se acuerda ya de Napoleón
y de otros emperadores?
Los manuales de Historia.

¿Quién recuerda a Hitler?
Los que sufrieron la matanza
por causas raciales.

¿Por qué combatió en el noventa
Estados Unidos en Irack?
No fue por derrocar al dictador Hussein.
Fue por el dinero del petróleo.

No llega la soberanía a los pueblos
numerosos y pobres de Africa
sino hay oro negro.

No importa, hoy, Señor,
la humanidad, sino el vil dinero.

Esta hora contigo, a solas,
vale por todo el día trabajando
para vivir y no por tener y almacenar
más dinero.

Dame una gran conformidad
con lo que soy y tengo.

Gracias.

“Hijo, gloríate con moderación,
y estímate en lo que vales” (Eclesiástico 10.28)

Señor,
cuando la soberbia se apodera del corazón,
intenta hacer mal a los otros
sin ninguna consideración.

Yo soy más que nadie, dice el soberbio,
y sus palabras y acciones se las lleva el viento.

Cuando uno contrapone a este tipo de personas
la claridad y santidad de Teresa de Calcuta,
¿de qué se vanagloriaba Teresa?
De hacer el bien a los necesitados
y a todas las criaturas indefensas.

Eso es la vida, tomada con moderación:
pensar en lo que el Señor quiere
que haga por puro y simple amor.

Ella se estimaba en lo que valía
a la luz de la Eucaristía y del Evangelio:
eran los dos parámetros para medir su vida
según los decretos de Dios eterno.

La psicología actual vuelve sobre estos pasos,
dichos, Señor, por ti hace miles de años.

Hay que estimarse en lo que se vale
y no en tontos y estúpidos engaños.

“Pequeña entre los que vuelan es la abeja,
mas lo que ella elabora es lo más dulce” (Eclesiástico 11.3).

Señor,
quisiera ser como la abeja,
que, a pesar de ser pequeña,
fabrica lo más dulce de la tierra.

¿Le has preguntado alguna vez
por qué hace la miel tan dulce?

Ella te dirá que hace
lo que le mandó el Creador.

Señor, hoy te traigo
mis afanes de grandeza:
quiero figurar entre la gente del barrio,
salir en la televisión y en la prensa.

Quiero ser famoso y conocido
para que la gente me admire,
aunque no valga lo que mi faz aparenta.

Pero, solo ante tu sagrario,
he caído en la cuenta
de que valgo por lo que soy
y no por lo que la gente cuenta.

Quiero ser como la abeja:
una persona que aporte dulzura
en donde haya discusión y guerra.

“Habla el rico, y todos se callan,
y exaltan su palabra hasta las nubes.
Habla el pobre y dicen: <<¿Quién es éste?>>
y si se equivoca, se le echa por tierra” (Eclesiástico 13.23).

Señor,
nuestro mundo da culto a la hipocresía
como si fuera un “dios”.
Las revistas y la televisión
hablan cada día de chismes
de la aristocracia.

Todos son alabanzas al dinero,
a la belleza y a la nobleza
hasta que separan.

El cuarto de hora de gloria,
¡qué pronto se pasa!

El pobre no tiene acceso
a estos medios de comunicación,
porque no tiene dinero
y ninguna consideración.

Y sin embargo, tú, Señor amigo,
que vas a contracorriente,
lo alabas en tus bienaventuranzas
con tu infinito cariño.

Dos medidas diversas las tuyas
para el pobre y para el rico.
Te inclinas por el primero
porque vive mejor tu Evangelio divino.

"El corazón del hombre modela su rostro
tanto hacia el bien como hacia el mal.
Signo de un corazón dichoso es un rostro alegre,
la invención de proverbios es penoso ejercicio" (Eclesiástico 13.25-26).

Señor,
cuando voy por la calle,
me gusta mirar los rostros
por la satisfacción interna
que manifiestan sus ojos.

Me hechiza la inocencia
de los ojos puros de los niños y niñas;
me fascina la suavidad del rostro joven;
me atrae sin malicia el cutis de la belleza femenina;
pero mucho más – y sin comparación –
me regocija el rostro alegre,
cuando sonríe a todo el mundo
con una sana y límpida emoción.

Sin saber mucha psicología de libros,
creo que un paseo por la ciudad,
en días ordinarios o de domingo,
la cara refleja el estado anímico
de la persona que camina.

El rostro alegre es una bendición
de Dios santo a quien lo mira.

Su refulgencia en los ojos
es un reflejo de su conciencia.

"La oración del pobre va de su boca a los oídos de Dios,
y el juicio divino no se deja esperar"(Eclesiástico 21.5).

Señor,
la oración, que alguna gente confunde
con la beatería,
es una fuerza que, desde el interior,
nos trasforma y diviniza.

Cuando el pobre ora,
su palabra y su petición de acción de gracias
va derecha el Señor.
Es tal su humildad de creyente
que en todo ve al Señor.

Tú, Señor,
le respondes sin ninguna prisa,
pues él sabe que su confianza
tu corazón de amigo conquista.

Si nuestro mundo no marcha bien
es porque le falta el espíritu de oración;
espíritu que, en contacto contigo,
se transforma sanamente en bella imagen
de tu amor en su amor.

La oración todo lo cambia. Es una fuerza
interior que nos permite estar serenos,
aunque nos asalten mil pruebas y tormentos.

Quien no hace oración
lleva una vida enfermiza,
que contamina el corazón
de una gran desdicha.

Dios responde enseguida
a la oración del pobre,
porque está abierto a él
antes que a otra gente.

Orar para el pobre
es pensar en Jesús amándolo.
El rico, lleno de sí mismo,
no necesita de Dios
porque todo le está sobrando.

"Con tres cosas me adorno y me presento bella
ante el Señor y ante los hombres:
concordia entre hermanos, amistad entre prójimos,
y marido y mujer bien unidos" (Eclesiástico 25.1).

Señor,
estoy convencido de que la vida
es una pura sencillez.
Cuando la concordia reina en los corazones
no hay turbación ni pena
entre quienes se aman.

La mujer, preciosa criatura,
con el adorno de su virtud,
alcanza la cima de la pulcritud.

Lo interesante de la mujer
es que se presente bella a los ojos
del Señor y de los hombres.
Ha nacido para expandir su riqueza
en miles de corazones.

Cuando la mujer da prudentemente
su amistad a los hombres,
confía en todos y en ninguno
para que sus ojos no la engañen.

Sabe a ciencia cierta que para ser fiel,
ha de estar unida a su marido
en las pruebas y en la aflicción,
así como en el mismo martirio.

Sé bella y elegante, mujer,
como Dios te ha creado.
Comparte con el hombre de tu vida
el amor y la vida que Dios te ha dado.

"Coloca tu tesoro según los mandamientos del Altísimo,
y te dará provecho más que el oro"(Eclesiástico 29.11).

Señor,
quiero habituarme desde ahora
a actuar en conciencia,
en conciencia consigo mismo
y en unión con tus mandamientos,
luz que todo lo ilumine y envuelva.

Cuando observo tus mandamientos,
sé que estás en mí y yo en ti
en plenitud de sentimientos.

Tu vida me embarga
y me da más placer que el abundante oro,
porque, al fin y al cabo, el oro es perecedero
y tus mandamientos son santos y eternos.

Si bajo a este mundo en el que me encuentro,
sólo aprecio otras cosas que se apartan
de ti y de tus divinos misterios.

Pero, Señor, como creyente,
me encuentro feliz y dichoso,
con la vida que me has dado
en intimidad con la tuya,
y con tus divinos sacramentos.

"Lo primero para vivir es agua, pan, vestido,
y casa para abrigarse" (Eclesiástico 29.21).

Señor,
cuando hospedo a alguien en casa,
no le pregunto de dónde viene
y adónde va.
Simplemente lo acojo en aras
de tu infinita bondad.

Le ofrezco agua para beber
y para lavarse,
anhelo de todo peregrino.

Después le ofrezco pan y vino,
para que siga andando el camino.

La vida del peregrino por la fe va guiada
y con el Señor, el primer peregrino de su pueblo
por el desierto y su gente amada.

Cuando todo está preparado,
le ofrezco el vestido para los rigores
del verano o del duro invierno.

Y, cuando cae la tarde,
le presento una cama y habitación
en la que refugiarse.

Este es, Señor, el secreto
del corazón humano:
hospedar al pobre y desgraciado
antes que a cualquier rico no necesitado.

Gracias, Señor
porque ante tu sagrario se respira aire limpio.

"Caballo no domado, sale indócil,
hijo consentido, sale libertino" (Eclesiástico 30.8).

Señor,
cuando se trabaja en el mundo educativo,
el dolor de los educandos constituye
un trabajo nada agradable y bien visto.

El principal problema radica
en los propios padres.
Defienden a sus hijos sin razones
y a pesar de los pesares.

Hoy, creen muchos padres,
que para evitar lo que ellos pasaron,
hay que borrar el sufrimiento
a toda costa.

Y cuando no hay sacrificio,
el chico o la chica no maduran
en la aceptación de la norma.

Se les consiente todo
con tal de que no den la lata.
Se les da de todo, si es preciso,
con la condición de que no molesten.

Y cuando el hijo va al cole o universidad,
se siente un ser inmaduro que no sirve para nada.

Es más: pasa de ser consentido
a emplear mal su libertad.

El orden y la disciplina,
aunque no sean militares,
ayudan al joven y al niño
a formarse como personas
en esta sociedad de comodidades.

"La envidia y el malhumor los días acortan,
las preocupaciones traen la vejez antes de tiempo" (Eclesiástico 30.24)

Señor,
mi amigo ha muerto
cuando era muy joven.
No ha vivido la vida,
preocupado por mil afanes.

Tenía envidia de sus vecinos,
de sus casas y de sus coches,
y se puso a trabajar sin cuento
para ganar dinero al tiempo.

Y éste que no perdona
los extravíos innecesarios,
cuando menos lo pensaba
le dio al corazón un infarto.

No se podía hablar con él
por su malhumor y sobresaltos.
Todo lo material le preocupaba
antes que vivir en familia
con sus placeres y sus agrados.

El corazón, cansado de tanto estrés,
le jugó una mala pasada
en plena madurez.

¿Qué ocurre ahora?
Nada. Unas lágrimas de pésame
y dentro de nada, olvidado.

Amigo, así no se vive.
Dios ha hecho las cosas con moderación
y no para que vivamos quemados.

"Con el vino no te hagas el valiente,
porque a muchos ha perdido el vino" (Eclesiástico 31.25).

Señor,
mi amigo se emborracha
y tiene la familia en jaque.
No sabe moderarse. Cuando está ebrio,
tan sólo se le ocurre maltratar a su mujer
e hijos.

Se hace el chulo y valiente bebiendo copas
hasta bien entrada la noche.
No lee nada, ni tiene hobbies
para emplear su tiempo.
La taberna es para él el templo.

Lo han echado del trabajo
por causa de su inoperancia.
Y, viviendo del paro,
tiene a toda su familia exaltada.

Me da pena, Señor,
de esta gente pobre y enferma.
Por ellos rezo esta tarde
ante tu santa presencia .

¿Por qué no habrá educación
y carrera antes de casarse?

¿Puede una persona como ésta formar un hogar
en el que reine la armonía y la paz?

Señor,
por todos los borrachos
que pueblan el universo,
te hago esta oración para que los animes
a que dejen el vino,
tan mal consejero,
cuando se bebe sin moderación y tino.

"Dichoso el hombre que no sigue
el consejo de los impíos...
Es como un árbol plantado
junto a las corrientes de agua,
que da a su tiempo el fruto (Salmo 1.1.3)

Señor,
mi amigo de infancia
era una excelente persona,
pero se juntó con un impío
y perdió la vergüenza.

Por el contrario, yo, acogido a tu bondad,
he recorrido mil caminos
y nada ni nadie me ha contaminado.
No soy perfecto. Tengo mis faltas.

Pero, como he crecido junto a tus corrientes
de agua limpia,
mi alma y vida entera
han florecido como una perenne primavera.

Intento dar el fruto
que a mi corazón diariamente pides,
haciendo el bien a los demás
y a mí mismo, Señor,
como una acto de humildad.

Sólo sigo tus consejos desde que era niño
y ahora que soy adulto, hago lo mismo.
Me han hecho madurar en frutos
que son mi alegría, la de mi familia y mis hijos.

Soy dichoso, y así lo confieso
ante todo el mundo,
porque mi alegría y mi consuelo
los encuentro reflejados
en ti, Señor, mi auxilio y mi refugio.

"Yo me acuesto y me duermo,
me despierto, pues Dios me sostiene" (Salmo 3.6).

Señor,
si quiero mantener mi cuerpo,
alegre y con salud,
no hay mejor remedio que acostarse a tiempo
y dormirse con prontitud.

Cuando me entrego al sueño,
en tu santa compañía,
sueño con cosas preciosas
y me levanto con armonía.

Sé que tú me sostienes,
incluso en mis horas de sueño,
para que tu criatura amada
se sienta a gusto con su trabajo
por los demás y tu Reino,
campo de paz añorada.

Cuando alguien no descansa
por estar enfermo,
a él o ella me uno en plegaria
para que descanse feliz
y en pleno consuelo.

Dios me sostiene en mi trabajo
y en la noche oscura,
cuando todo se calla y viene el silencio.

Señor,
gracias por tus cuidados
que, ahora, ante tu sagrario,
te los agradezco muy adentro.

"*Mas yo, por la abundancia de tu amor,*
entro en tu Casa;
en tu santo Templo me prosterno" (Salmo 5.8).

Señor,
es tanta la confianza
que tu palabra me inspira,
que entro en tu templo
con mi alma serena y tranquila.

Soy consciente de la abundancia
que sobre mí derramas
en cada instante del día,
y desde el inicio del alba.

Entro en tu Templo
como si fuera mi casa,
porque el amor y el cariño
con que me tratas,
me llevan a tener en ti
toda mi confianza.

Me prosterno con humildad
ante tu santidad ilimitada.
Yo, salvando las distancias,
aspiro a mi perfección
divina y humana.

Hay gente por el mundo despistada,
sin rumbo cierto de la eternidad,
la meta por ti a todos señalada.

Gracias, Señor,
por la amistad que me das,
ante tu sagrario,
en este silencio de paz y de calma.

“ Estoy extenuado de gemir,
baño mi lecho cada noche,
inundo de lágrimas mi cama,
mi ojo está corroído por el tedio” (Salmo 6.7)

Señor,
hoy me ha tocado un día malo;
de esos que me han hundido
en lo más bajo de mí mismo.

Soy débil, lo reconozco
y por eso he pecado.

Tanto he sentido mi falta
que durante la noche he gemido,
he llenado mi lecho de lágrimas,
no he dormido nada
pensando en tu perdón y en tu gracia.

Me he dado cuenta, Señor,
de la necedad de haber pecado
por instante de placer, arrebatado
como la hoja que lleva el viento.

He tomado conciencia
de que el pecado es un tedio
que corroe el alma.

Lo bello y lo lindo
es vivir bajo tu presencia
que todo lo transforma en gracia.

Gracias, Señor amigo,
por este rato de consuelo
que paso aquí contigo
en el sagrario de mi alma.

"Señor; Dios nuestro,
¡qué admirable es tu nombre
en toda la tierra!"(Salmo 8.2)

Señor,
te bendigo y te alabo
por tu obra creada.
Por ella eres admirable,
por ella subo cada día hasta ti,
envuelto por la huella
de tu presencia
que por todas partes me sigue.

Quisiera tener mis labios
de cantante, y mis versos
de poeta, para cantarte y escribirte
todas tus maravillas
que pululan por la naturaleza.

Pero, aún así, desde la sencillez
de mis cortas palabras,
me siento entusiasmado
por tu prístina belleza.

Me uno a los millones de personas
que, a lo largo de los siglos,
han cantado y recitado
este Salmo 8, divino poema.

Bendigo al Señor
porque escucha mi voz.
El Señor es mi fuerza,
confía mi corazón (Canto de Taizé)

"Dios no abandona a los que le buscan"(Salmo 9.11)

Señor,
cuando la aflicción penetra
dentro de mi corazón,
me derrumbo enseguida.

Me falla la confianza en ti,
me enrosco en mí mismo
y no veo otros horizontes.

A veces pienso que me abandonas
en mis momentos de baja forma,
en mis instantes de decaimiento,
en los días negros de nubarrones
que se ciernen sobre mi cabeza.

Soy tonto, me digo,
por no acudir a ti apenas experimento
estos dolores en mi alma.

Pero como buen cabezota,
espero salir a flote por mí mismo
sin contar con tu ayuda.

¡Vaya creyente sin gracia!
Tiene a Dios a su lado
y, sin embargo, de él desconfía.

Quiero ser una persona buscadora de verdades
y de inquietudes que me lleven, Señor,
al encuentro conmigo mismo, contigo
y con todos los demás.
Es el camino seguro para toparme
con tu Verdad en mi mediocridad.

"¿Quién morará en tu tienda?,
¿quién habitará en tu santo monte?
El que anda sin tacha,
y obra la justicia;
que dice la verdad de corazón,
y no calumnia con su lengua" (Salmo 15 1-2).

Señor,
a veces me pregunto
en mi soledad y reflexión personales,
que tú eres el Dios que abre su corazón
a todos los mortales.

Me permites que esté ahora
en tu santa tienda o iglesia,
en el monte que anhela
y simboliza la santidad.

Con mis pecados y deficiencias,
pretendo marchar por la vida sin mancha,
procurando que nada afee mi rostro de creyente;
hago la justicia a quien me la pide
con alegría y gratuitamente.

De mi boca, conscientemente, no salen
calumnias que denigren a la gente.
Esta fe me la das tú cada día
y no mi voluntad, que es débil, y poco fuerte.

Te comunico de corazón a los otros,
y la alegría con la que te comunico,
la captan los vecinos claramente.

Gracias, Señor,
por estar este rato contigo en tu morada santa.

"*Bendigo a Dios que me aconseja:*
aun de noche mi conciencia instruye;
pongo a Dios ante mí sin cesar;
porque él está a mi diestra, no vacilo" (Salmo 16.7-8)

Señor,
hoy la hay gente que lo sabe todo,
no aceptan consejos de nadie
porque humillan su soberbia.

Son los nuevos adoradores de cultos exóticos,
de dioses falsos.

Yo me dejo cada día aconsejar por ti
en mi plegaria matutina,
y cuando – como ahora – estoy ante ti,
me siento una criatura divina.

Mi conciencia es tu templo
en el que habitas en silencio;
un silencio que es elocuente
pues me instruyes para que vaya
a anunciarte al mundo entero.

Toda acción que realizo
tiene como fin y como principio,
caminar y trabajar en tu presencia,
para que mi trabajo tenga un sentido,
y un firme fundamento.

Nunca vacilo o dudo ante nada ni ante nadie
porque tú estás conmigo,
en los momentos de euforia
y cuando me encuentro decaído.

¡Qué suerte tengo, Señor,
de ser tu discípulo y tú, mi Maestro y mi amigo!

Guárdame como la pupila de los ojos,
escóndeme a la sombra de tus alas
de esos impíos que me acosan,
enemigos ensañados que me cercan" (Salmo 17.8-9).

Señor,
en mis momentos alegres
y en los instantes de aflicción
por los que pasa mi vida,
manténme siempre a tu lado.

Ya sabes que hay enemigos
que atentan contra tus cristianos,
y, aunque hagamos el bien,
por ellos somos denigrados y despreciados.

Sé por la experiencia de cada día
que, ante mis peticiones y súplicas,
me respondes siempre.
Te doy las gracias cordial y sinceramente.

En la sombra de tus alas, consérvame
al abrigo de mis enemigos
para que no se rían de mí,
y siga trabajando contigo
viviendo tu Evangelio divino.

Sí, Señor entrañable,
cuando me atacan fuertemente,
mis fuerzas flaquean
pero cuento a cada instante contigo,
y sé que me das entereza.

Tus enemigos me acosan con palabras y con hechos
hasta que me canse y me vean derrotado,
como un ser al que su Dios no ayuda
en los momentos de peligro.

Haz de mi persona, Señor,
de tu Evangelio un heraldo.

"Tú eres Dios, mi lámpara,
mi Dios que alumbra mis tinieblas;
con tu ayuda las hordas acometo,
con mi Dios escalo la muralla" (Salmo 18.29-30).

Señor,
como decía tu gran creyente san Agustín,
en el siglo IV,
yo te digo hoy lo mismo:
"Señor,
haz que en mi corazón
nunca entren las tinieblas".

Cuando por la sociedad
me encuentro cegado por el consumo,
acudo a ti para que me guardes
de caer en lo que no sea un bien sumo.

Tú eres mi luz y mi salvación,
y por eso no temo a nada ni a nadie.
Confío plenamente en ti
y en tu palabra salvadora,
mi más elegante y bella aurora.

La tiniebla representa el mal
y todas sus obras.
Tu presencia en mi espíritu
me hace escalar la muralla
y a que me sienta feliz contigo.

Exígeme cada día más, Señor,
para que busque tu Reino de paz,
luchando contra mí mismo y mis enemigos.

"Sean gratas las palabras de mi boca,
y el susurro de mi corazón,
sin tregua ante ti, Dios mío,
roca mía, mi redentor" (Salmo 19.15).

Señor,
mis palabras son para amarte,
mis palabras son para alabarte,
mis palabras son para darte gracias
por todo lo que haces por mi vida.

Escucho el susurro de tu corazón
que al mío llega, envuelto,
de una gran consolación.

Me mandas que no haga tregua
con mis vicios y enemigos,
sino que siempre esté luchando
por lograr la santidad,
orgullo santo de tus amigos.

Ha llegado a lo íntimo de mi alma
el convencimiento de que eres mi roca,
roca sobre la que edifico ante tu sagrario
los cimientos de mi espiritualidad,
columnas por ti talladas.

Cuando me entran dudas de la otra vida,
yo sé que tú eres mi redentor y salvador.
Y me entra una suavidad en mi interior
comparable sólo con tu amor.

"*Unos con los carros, otros con los caballos,*
nosotros invocamos el nombre de Dios.
Ellos se doblegan y caen,
y nosotros en pie nos mantenemos" (Salmo 20.8-9)

Señor,
el mundo moderno cuenta con armamentos
a cada cual más sofisticados,
para defenderse de los enemigos
a costa de muchos que pasan hambre
y están abandonados.

Es una locura veloz
de fabricar instrumentos para matar,
en lugar de armas de amor
que hacen felices a los demás.

Ellos con sus armas mortales.
Nosotros con el arma de tu palabra
que salva a la persona y no hace daño.

Una contradicción de este mundo
que, para más rabia, se llama cristiano.

Me gustaría que en el universo
hubiera un solo Reino,
el tuyo, Señor, que busca la unidad,
la paz, la justicia y el consuelo.

Lucharé por el Evangelio
para que, sencillamente, a mi lado
comience una nueva vida
y una visión del mundo
en el que exista un vivo aliento.

"*Anunciaré tu nombre a mis hermanos,*
en medio de la asamblea te alabaré" *(Salmo 22.23).*

Señor,
no tengo mayor satisfacción
que compartir tu palabra
y anunciar tu nombre
a los jóvenes de esta generación.

No te conocen mucho,
pero cuando te anunciamos
con nuestra vida y testimonio,
de ti quedan prendidos
como alguien digno y dichoso.

Decía tu amigo Pablo:
¡Ay de mí si no evangelizo!
¿Qué hago yo cada día
si no te comunico?

A este cristianismo social
y de mucho cumplimiento,
le hace falta una inyección vital
de tu santo Evangelio.

Debemos los creyentes
invertir parte de nuestro tiempo,
en la desgarrada familia,
que a la deriva anda,
por falta del anuncio
de tu palabra salvadora
en este nuestro tiempo.

Tengo, Señor, que impulsar
las asambleas cristianas,
para que se conviertan en banquetes
del alma,
y no en frías reuniones
en las que se cumple y ¡basta!

"Dios es mi pastor, nada me falta.
Por prados de fresca hierba me apacienta.
Hacia las aguas de reposo me conduce,
y conforta mi alma:
me guía por senderos de justicia,
en gracia de su nombre" (Salmo 23.1-3).

Señor,
cuando ando por la vida desorientado,
sin sentido y sin norte,
acudo a tu santuario sagrado
para que en todo me confortes.

Eres mi pastor, mi Amigo
que conoce mis sendas, mis pensamientos,
deseos y todos mis caminos.

Cuando uno está cerca de ti,
camina por verdes prados de belleza,
y el alma se siente ágil, viva y despierta.

Desde el instante en que siento sed
de ti,
voy corriendo a tu fuente que mana
y corre a una hora cualquiera,
y, al beber de ella, me siento feliz.

¡Qué alegría estar contigo cada día
estos íntimos momentos,
en los que me siento dichoso
y alejado de mil tormentos!

Gracias,
por permitirme pasar a tu lado
estos instantes del día,
después de mis labores diarias
que he hecho con alegría.

"*¿Quién subirá al monte de Dios?,*
¿quién podrá estar en su recinto santo?
El de manos limpias y puro corazón,
el que a la vanidad no lleva su alma,
ni con engaño jura" (Salmo 24.34).

Señor,
cuando miro mis manos trabajadoras,
pienso en tu creación hermosa.
Sea que cocine o haga otra cosa,
tú siempre me acompañas
con tu vida de rosa y de gloria.

Si a mi corazón miro,
veo que siente amor por todas sus venas,
que riegan mi cuerpo con amor exquisito.

El corazón puro, una de tus bienaventuranzas,
supone la capacidad de asombro,
el don de la admiración ante la pulcritud
del alma de los niños,
a los que bendijiste con toda finura.

Señor,
la vanidad es una satisfacción
de la persona que está de ti vacía;
al faltarle la luz de tu Evangelio,
vive un tanto adormecida.

Voy con la verdad como bandera
y estandarte por esta sociedad
que, en el fondo, es pagana,
y sin el fulgor de la primavera.

El engaño y con juramento
es una doble mentira
que resuena muy mal por el universo.

Gracias, Señor, por tu vida
y mi religión vivida contigo
en estas horas de sentido silencio.

"*Acuérdate, Dios, de tu ternura,*
y de tu amor, que son de siempre.
De los pecados de mi juventud no te acuerdes,
pero según tu amor, acuérdate de mí" (Salmo 25.6-7).

Señor,
¡qué bella fue mi juventud
con buena salud y de fiesta!
¡Qué bien me lo monté
con los amigos y amigas
en reuniones y en los estudios
con el vigor de nuestra fuerza!

Ahora, llegado a mi madurez
o a la anhelada ancianidad,
te pido perdón por mis pecados
de entonces, Señor,
cometidos sin mucha maldad.

Sé que no te acuerdas, por amor,
de mis pecados y faltas anteriores,
porque gozas de mi arrepentimiento
como el padre del hijo pródigo,
consciente de sus errores.

Sé que lo que en ti prevalece
es mi dolor y mi arrepentimiento,
una nueva vida encontrada en mi madurez,
alejada ya todo mal y peor consentimiento.

Pero no te olvides de tu amigo
que, ahora, ya consciente de su vida,
espera a ti entregarla con amor puro
y con libre y total entrega vivida.

"Escrútame, Dios, ponme a prueba,
pasa al crisol mi conciencia y mi corazón;
está tu amor delante de mis ojos,
y en tu verdad camino" (Salmo 26.2-3).

Escrútame, Señor,
pero sé bueno conmigo.
Tu escrutinio me lanza
a descubrir nuevos caminos,
y a no quedarme asentado
en lo que ya he vivido.

Quisiera que el crisol de mi conciencia
fuera tan pulcro y bello,
como el oro comparable de reyes,
reinas y de todo gran cortejo.

Es el mejor adorno de mi vida,
vivida en tus sacramentos,
manantiales de agua viva
enriqueciendo mis sentimientos.

Cuando hago examen y escrutinio,
siempre miro a mi corazón,
bomba de amor benéfica para los otros
según tus designios divinos.

Que mis caminos sean siempre, Señor,
tus caminos.
Así nunca me perderé por otras sendas
que no me llevan a estar contigo.

"Dios es mi luz y mi salvación,
¿ a quién he de temer?
Dios, el refugio de mi vida,
¿por quién he de temblar? (Salmo 27.1).

Señor,
esta frase de tu Salmo 27
ha sido siempre, sin duda,
la que más me ha gustado.

Por la verdad y el sentimiento
que encierran para ser un buen cristiano.

Cuando tú iluminas mi existencia,
por este mundo que dicen que es malo,
yo siempre a ti me acojo
como un tierno enamorado.

No tiemblo ni temo en mi vida
de trabajo,
ni me siento oprimido por placeres
de este universo descristianizado.

Cuando la gente me ve alegre
por la calle y en la oficina,
en el pupitre o universidad,
yo les digo a todos que tu gracia
me hace vivir en plenitud y amistad.

Sienten envidia de mi vida
Y no sé por qué.
Basta unirse a tu salvación
que engrandece el corazón
y de él aleja todo miedo y temor.

"Oye la voz de mis plegarias,
cuando grito hacia ti,
cuando elevo mis manos, oh Dios,
al santuario de tu santidad" (Salmo 28.2).

Señor,
esta mañana me he levantado
con el pie izquierdo:
con apatía, con indiferencia,
desganado y sin frescura
en todo mi ser entero.

Ya ves que hay días
en que nuestro cuerpo
no está en forma.
Somos limitados
y a ti te necesitamos
de todas formas.

Por eso levanto mi voz suplicante
cuando en mi ansiedad y angustia
tu ayuda necesito.

Elevo mis manos hacia ti
en actitud de fiel orante,
para que me socorras pronto
y me alejes de estos males.

Voy, con fallos y pecados,
camino de tu santuario,
sede de la santidad,
en la que alma vive siempre
cuando está a ti unida en la verdad.

Mis plegarias, Señor,
no son simplemente por mí,
sino que las hago extensivas
a todos los cristianos
que, a esta hora, rezan por todos
los que están necesitados de ti.

"*Dios de verdad, tú detestas*
a los que veneran vanos ídolos;
mas yo en Dios confío;
¡exulte yo y en tu amor me regocijo!" (Salmo 31.7-8).

Señor,
he leído, contemplado y meditado
toda tu Escritura santa.
Y en ella he notado
que lo que más te molesta de tu pueblo
es la adoración de los ídolos falsos y vanos.

A través del desierto
y conforme se unían a los paganos,
muchos de tu pueblo elegido
se entregaban a la adoración
de dioses que no tienen vida,
a dioses que son hechura de humanos.

Sentías un gran celo santo,
al ver que algunos y algunas
veían en estos dioses, sustitutos
de tu amor a ellos entregado,
sacándolos de la Esclavitud de Egipto
y de otros lugares profanos.

No confiaban ya en ti
cuando veían a otros pueblos
que, aunque más fuertes y guerreros,
no tenían la suerte de tener al Dios verdadero.

Mi alma de creyente exulta de regocijo
porque la alegría que me inunda,
tiene un precio infinito.

Mi amor te canta y te alaba
en los momentos de peligro,
cuando en mi peregrinación de fe
-como le ocurrió a tu pueblo antiguo-
me encuentro con dioses modernos falsos
que pretenden apartarme de ti
por el camino que ellos han emprendido.

"Devuélveme la alegría de tu salvación,

y en mi espíritu generoso afiánzame;
ense4ñaré a los rebeldes tus caminos,
y los pecadores volverán a ti" (Salmo 50.14-15).

Señor,
cuando menos lo pensaba,
se me ha ido la alegría.
Mi mujer ha fallecido
y no encuentro consuelo
ni el requerido auxilio.

También me ha ocurrido
que a, raíz de la muerte de mi mujer,
he desconfiado de ti, Dios mío,
cuando más te necesito.

Por eso te pido perdón:
por mi pecado de falta de fe,
y que me afiances en tu cariño.

Devuélveme la alegría
que en mí siempre ha existido,
hasta que esta prueba me ha señalado
que todavía no estoy a ti bien unido.

Incluso durante esta prueba,
he manifestado a los rebeldes,
tu amor de Padre infinito.
Tus caminos no son mis caminos
pero los acepto con placer,
también en estos instantes tan íntimos.

Quisiera que los pecadores
a ti volvieran arrepentidos,
deseando emprender una vida nueva
por los senderos de tu Evangelio divino.

"Dice en su corazón el insensato:
<<¡No hay Dios!>>
Corrompidos están, de conducta abominable,
no hay quien haga el bien" (Salmo 53.2)

Señor,
en este mundo de la tecnología,
ha venido la moda de creer en ella
y a ti te han aparcado.

¡No existe Dios!,
dicen los listillos y adelantados,
porque la ciencia lo hace ya todo
y Dios sobra en enfermedades y atestados.

Tan sólo tus seguidores,
fieles a tu palabra y Evangelio,
sabemos que tú existes
y que los adelantos científicos
tú los apruebas como obra de tus manos.

Le has dado al hombre
- rey de la creación-
una inteligencia limitada para que colabore
contigo, en la creación todavía no finalizada.

Hay científicos sanos
que, ante tus maravillas,
creen más en ti.
Otros, los corrompidos por su ciencia y soberbia,
quieren hacer seres humanos clonados.

No solamente no hacen el bien
sino que con sus experimentos,
quieren hacerse "dioses",
para que algunos les den su parabién.

"Tenme piedad, oh Dios, tenme piedad,
que en ti se cobija mi alma;
a la sombra de tus alas me cobijo
hasta que pase el infortunio" (Salmo 57.2)

Señor,
en ti se cobija mi alma
cuando siente la prueba.
Haz que con tu fuerza
y tu poderosa ayuda,
no caiga en la tentación.

Estoy cobijado
a la sombra de tus alas,
y aunque vueles muy alto,
tu compañía siempre me acompaña.

Mientras pasan estas horas
de lucha y de infortunio,
manténme cerca de ti
como a tu ser querido.

¡Qué gozada me da tu confianza
y la fe que en mí has depositado,
para que salga airoso, Señor,
de todas las asechanzas!

La esperanza es un camino abierto
a tu corazón que acoge siempre,
sin pedir hora de cita
porque tú eternamente nos amas.

"*Yo, en cambio, cantaré tu fuerza,*
aclamaré tu amor a la mañana;
pues tú has sido para mí una ciudadela,
un refugio en el día de mi angustia" (Salmo 59.17).

Señor,
me alegro siempre
de cantar tu fuerza
en los combates de mi alma.

Tú, aunque estés lejano,
eres el más cercano
e íntimo en la lucha diaria.

Desde que me levanto
por la mañana, te alabo
por todas las cosas
que conmigo haces,
aunque no caiga en la cuenta.

Pero, por encima de todo,
sé que me amas.
Este gran consuelo me alienta
a vivir apegado a tu ciudadela,
mi gran fortaleza
en momentos de desilusión
y de apagada esperanza.

Cuando tengo angustia,
pronto la rechaza mi confianza
en tu refugio,
que siempre me ayuda y me calma.

"No os fiéis de la opresión,
no os ilusionéis con la rapiña,
a las riquezas, cuando aumenten,
no apeguéis el corazón" (Salmo 62.11)

Señor,
tengo una cosa clara en mi oración:
no aumentar mis riquezas materiales
sino la flor de mi corazón.

Para que perfume a todo el mundo
con la gracia y el gozo de tu bendición.

No me fío de quien intenta
que caiga rendido en la opresión:
me podrán quitar la libertad externa,
mas nunca la libertad interior.

No me hago ilusiones con el robo
porque el hurto es un pecado,
traiciona a mi conciencia
y al bien que pertenece a mis hermanos.

Mi apego está solamente en ti,
mi Dueño, mi Salvador y mi Amor.
Todo lo demás lo considero basura
con tal de no perder tu Redención y Perdón.

Esta tarde, ante tu sagrario,
me siento feliz.
Gracias por escucharme.

"Dios, tú mi Dios, yo te busco,
sed de ti tiene mi alma,
en pos de ti languidece mi carne,
cual tierra seca, agotada, sin agua" (Salmo 63.2)

Señor,
lo peor de un ser humano creyente
es perder las ganas de buscarte,
ahora y siempre.

Tu búsqueda es como el universo
que, cuanto más se recorre,
más admiración el alma siente.

¡Qué gozo experimento
cuando digo "mi Dios!"
No hay mayor consolación,
no hay mayor impulso
para salir a la calle y proclamar
tu Evangelio de exigencia y amor.

Cuanto más me alimento de ti,
más sed tengo en el corazón.
Mi carne, aunque soy humano,
me tienta menos cuando estoy poseído
por tu vida y por tu fulgor.

Eres la mejor fuente que hay
en toda la tierra.
El agua que bebemos no aplaca nuestra sed.
La que tú nos das en la Eucaristía,
nos hace brincar hasta la vida eterna,
con suma y pletórica alegría.

"Dichoso tu elegido, tu privado,

en tus atrios habita.
¡Oh, hartémonos de los bienes de tu Casa,
de las cosas santas de tu Templo! (Salmo 65.5).

Señor,
quiero hacer de todo cuanto piso
un templo viviente,
para que tu presencia me guíe
en este momento presente.

Me considero dichoso,
a pesar de mis luchas,
de haber sido elegido por ti
para dar culto en tu santuario.

Lo hace el seglar comprometido
y hasta la monja y el sacerdote
en su ministerio santo.

La oración que hago en tu Casa,
me alimenta cada día fuertemente
en las tareas diarias.

¿Por qué la gente no va más a menudo
a tu templo y a tu casa?

La sociedad estaría muy distinta
de cómo aparenta estar,
en todo el mundo y en España.

Gracias, Señor,
por ser un afortunado
que se siente jubiloso,
como cuando el sol sale por la mañana.

"*Bendice a Dios, alma mía,*
del fondo de mi ser, su santo nombre,
no olvides sus muchos beneficios" (Salmo 103.1-2).

Señor,
en la visita de hoy, agradable y bonita,
quiero darte las gracias sinceramente
por todo lo que haces conmigo,
tanto en los días de prueba
como en los de júbilo sencillo y de alegría.

La flor de la gratitud no es en nuestros días
una flor que florezca mucho.
Si uno se pusiera a contar todos tus beneficios,
no habría libros en la tierra
que contuvieran tus favores conocidos y desconocidos.

No los olvido en el santuario de mi conciencia,
porque cada día los tengo presentes
en cada palabra y en todo suspiro de refulgencia.

Todo encuentro ante el sagrario,
refuerza mi gratitud hacia ti, Dios mío,
toda conversación vespertina a solas
me recuerdan tu amor continuo,
y todos tus gratos beneficios.

Por eso, Señor, no ceso de bendecirte
por todos los demás que, por descuido,
se olvidan de la gratitud contigo.

"Bienaventurados seréis cuan do os injurien, y o persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegráos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos " /Mateo5-11).

Señor,
sé que tu Evangelio sagrado
no es un camino de rosas,
sino una lucha continua
por defender tu vida maravillosa.

Siento en mis canes, la sangre
que me provocan las injurias,
por defender la justicia divina
en medio de una sociedad sibilina.

Cuando tus palabras medito,
hoy ante tu sagrario santo,
siento ganas de trabajar y vivir
aún en difíciles campos.

No trabajo buscando una recompensa,
que si me la das, bienvenida sea,
sino por el amor a tu Evangelio,
al que me entrego de veras.

Lo que más me revienta es la mentira
de quienes con los labios te alaban,
y con las obras te niegan.

La exigencia diaria a tu tarea evangelizadora,
me llama la atención y me conmueve,
porque no me invitas a una calma tranquilizadora.

Gracias por llamarme bienaventurado
en medio de este mundo secularizado.

"Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué la salarán? Ya no sirve para nada más que para ser tirada fuera y pisoteada por los hombres" (Mateo5.13).

Señor,
hay un cierto sector de creyentes
que dan una falsa idea de tu Evangelio
y de la alegría que embarga a los cristianos.

Quiero ser en tu mundo humano y divino,
un comunicador con gracia y salero,
para que quienes me escuchen y vean,
se sientan atraídos a tus senderos.

Hay quienes te desvirtúan por una falsa
apariencia de seriedad ante tu vida santa,
manantial de vivos y alegres deseos.

Si una gota de miel caza más moscas
que un barril de vinagre,
así el creyente, de ti enamorado,
atrae con su simpatía sobrenatural
a muchos más seguidores de tu Evangelio.

"Los beatos y santurrones" hacen más mal
que bien a tu Iglesia.
Muchos golpes de pecho en tu morada,
pero no se mueven en hacer nada.

Quisiera ser un cristiano saleroso
que nunca tu sal desvirtuara
por mi vivencia tristona de tu Reino,
hecho de amor, alegría y sal de la buena.

"No todo el que dice: "Señor, Señor", entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial" (Mateo 7.21).

Señor,
durante estos encuentros en tu presencia,
he ido tomando nota de tus exigencias.

Muchas tardes, ante tu sagrario,
no he dicho palabra alguna.
Y, sin embargo, tú me has hablado.

Lo cierto es que, tras estar contigo,
en casa y en el trabajo, me he comportado
con elegancia y coherencia.

¿De qué te sirven mis palabras
si después no me "mojo" por ti
haciendo realidad una vida nueva?

¡Ojalá, Señor amado, que me lleves a tu Reino,
cuando le plazca a tu voluntad
que siempre actúa sabiamente,
aunque nuestra inteligencia no te pueda alcanzar.

Tu voluntad es una invitación constante
a que nos despojemos de caprichos,
y vayamos derechos a la fuente de la Verdad.

"*Estaba María junto al sepulcro llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies... Jesús le dice: "María. Ella se vuelve y le dice en hebreo: "Rabboni" – que significa Maestro -. Jesús le dice: <<No me toques, que todavía no he subido al Padre>>.*

Señor,
si no hubieras resucitado
triunfalmente a los cielos,
yo no estaría aquí presente
como María de Magdala en el huerto.

Con tu santa resurrección
has vencido a la misma muerte
y has entregado a la humanidad
el triunfo del Amor alegremente.

La mujer, llamada María Magdalena,
la primera rescatada del ultraje y el vicio,
fue la afortunada en anunciar
que habías resucitado a tus discípulos.
Fue todo un detalle para con las mujeres
que te habían acompañado por el camino
escuchando tu Evangelio, y viviéndolo
en contra de los sabios Rabinos.

La oración de esta tarde ante tu sagrario,
tiene un sabor a triunfo:
si estás ahí presente, Señor,
es simplemente porque estás vivo,
y en todos y cada uno resucitado
con todo tu inmenso amor y tu cariño.

Te doy las gracias sinceras
por las horas que paso cada día,
aquí, a solas, en tu presencia.